2

IFIGENIA EN AULIDE.

TRAGEDIA

EN CINCO ACTOS,

COMPUESTA EN IDIOMA ITALIANO

POR EL SEÑOR ABATE

MANUEL LASSALA Y SANGERMAN.

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR DON JULIAN CANO Y PAU.



EN VALENCIA:

POR JOSEPH, Y THOMAS DE ORGA.

Año M.DCC.LXXXI.

Se hallará en la Libreria de Juan Carsí y Vidal, Calle de Campaneros.

.......Postquam pietatem publica causa
Rexque patrem vicit, castumque datura cruorem
Flentibus ante aram, stetit Iphigenia ministris;
Victa Dea est........

Ovid. Metamorph. Lib. I.

.... „ Diana amica
„ Placò lo sdegno. Piu non chiede 'l sangue
„ D' Ifigenia : la sua virtude or piega
„ L' averso Nume........

Lass. Act. V. Scen. X. vers. XVI.

DEL TRADUCTOR.

La elegancia con que el Señor Abate Manuel Lassala, observando la mas viva, y natural expresion de sentimientos, y ciñendose à las reglas del arte, ha compuesto esta pieza trágica, la hace perfecta en todas sus partes, y singular en su idioma.

La vivacidad con que pinta el carácter de los Personages; la delicadéz con que exprime los afectos de cada uno en la varia situacion de los pasages; y la exactitud con que sigue al antiguo Euripides, y al moderno Racin, manifiestan en qué superior grado posee el Autor el idioma Italiano, y el numen poetico que obtiene, pues es su Ifigenia tan excelente en la *unidad*, *conducta*, y *costumbre*; y tan insigne en la pureza del estilo, y brillantéz de las imagenes.

De todo esto, quien entienda el idioma Italiano verá la distancia que hay del original à la traduccion; y el que no, advertirá desde luego los muchos defectos que ésta tiene, sin que la disculpe no ser facil traducir una obra con el alma, y viveza que está compuesta, y sumamente dificil ponerla de verso suelto de un idioma, en endecasilavo de otro; y asi diré ingenuamente, que por pura aficion emprendí una obra superior à mi limitado talento, y corta instruccion: espero que esta confesion sencilla moverá al que tomáre la molestia de leer la traduccion de Ifigenia, à disimular los errores de que está llena.

ARGUMENTO.

Despues que el robo de Elena, muger de *Menelao* Rey de Esparta, excitó la ira de los Principes Griegos à la venganza del agravio, haciendo comun la ofensa el juramento que antes de sortear marido para Elena les hizo prestar su padre Tindaro, de que no solo no se opondrian à la suerte, sino que ayudarian al que le cupiese en qualquier lance de honor. Unida pues la fuerza del Imperio Griego en una armada, compuesta, segun Homero, de mil novecientas y seis naves, y encargado del mando general de ella *Agamenon*, Rey de Argos, y de Micenas, hermano de Menelao, hijos entrambos de Atréo, llegó al Puerto de Aulide, Ciudad de Beocia, para reunirse en él, y tomar el rumbo à Troya, Capital del Reyno de Frigia, dentro cuyos muros ocultaba Paris la robada alhaja.

Saliendo un dia à caza Agamenon, mató una cierva muy querida de Diana, por lo que irritada la Diosa hizo sobreviniera una dilatada calma, que embarazó à la armada la salida del Puerto. Para aplacar el enojo de Diana, consultó Agamenon su Simulacro por medio del Sacerdote Calcas, cuyo Oraculo dixo: No esperen los Griegos viento para salir de Aulide, si no vierten en las aras la sangre de Elena, depositada en el pecho de *Ifigenia*. Resuelto Agamenon à sacrificar su vida por el bien comun, embió à llamar à su esposa *Clitemnestra*, y à su hija Ifigenia, con el pretexto de efectuar ésta las concertadas nupcias con *Aquiles*, hijo de la Diosa Thetis, y de Peléo, Rey de Thesalia.

Pero consternado el ánimo de Agamenon por el cariño, y afecto paternal, intenta embiar orden à

Cli-

Clitemnestra para que no llegue à Aulide, renunciar el mando de la armada, abandonar la expedicion, y bolverse à Argos con su esposa, è hija; de donde toma principio la composicion de la Tragedia.

Los sentimientos de ternura que agitan el corazon de Agamenon, al verse precisado à ceder al rigor del hado, y presenciar tan doloroso espectaculo; las angustias de Clitemnestra, que creyendo conducir à Ifigenia al tálamo, descubre la ha acompañado à morir; las ansias de Aquiles al vér frustradas las esperanzas de libertar su prometida esposa del trágico fin; y el generoso carácter del alma grande de Ifigenia, que se ofrece voluntaria à las aras por el bien público, sin embargo de estar combatida de la natural inquietud que causaba à su espiritu el momento de la proxima muerte, son los *accidentes* que conducen à la *accion principal*, que es el sacrificio. *La catastrofe* se toma del Libro primero del Metamorfosis de Ovidio, que dice: Se dió por satisfecha la Diosa Diana.

AC-

ACTORES.

AGAMENON.

CLITEMNESTRA.

IFIGENIA.

AQUILES.

MENELAO.

TIMANTE.

La Scena se representa en el Puerto de Aulide, en la Tienda de Campaña de Agamenon.

⊕⊕*⊕*⊕*⊕*⊕*⊕*⊕*⊕*⊕*

IFIGENIA EN AULIDE.

ACTO PRIMERO.

SCENA I.

Agamenon.

INfelice de mí! qué estoy haciendo?
tal determinacion quién me aconseja?
Oy en Aulide espero vér mi esposa,
ya con jornadas dobles mas se acerca
à aqueste Puerto mi hija desgraciada;
y yo soy quien la engaña! una cautela
la conduce à morir: de amor la llama,
que yo mismo encendí, aun alimenta
en su pecho, por eso seducida
viene al campo; y à qué? ò suerte adversa!
Del furor de los Dioses sacrificio
Ifigenia será! yo cerca de ella
junto al ara he de estar! de imaginarlo
no circúla la sangre ya en mis venas:
no, Calcas mintió, el Oraculo es falso,
jamás el Cielo oprime la inocencia,
Diana no es cruel: puedo aun del riesgo
mi hija separar? sí, pues à Argos buelva,
à Aulide no llegue: ola, Timante,

SCENA II.

Agamenon, Timante.

Agam. Han venido? las viste? no: aun no llegan?
Tim. A quién, señor? la Aurora apenas nace,
quando:;-

Agam. No estoy en mí! creo mi idea
me publíca el semblante: vé al momento
à encontrar à mi esposa Clitemnestra,
de Argos viene, ya no estará distante,
dile no llegue al campo::- vete apriesa,
dile se buelva à Argos: de este pliego
el motivo sabrá: no te detengas.

Tim. Voy bolando, Señor; mas no te enojes
si pregunto, qué causa tan funesta
te puede ocasionar tal amargura,
que tu espiritu turbe, y entereza?
no la ocultes, señor, pues el aspecto
las interiores ansias manifiesta.

Agam. Ay, Timante, soy padre, y soy Monarca!
estos cargos el alma me penetran;
vete, vete.

Tim. Pues qué dudas acaso
de mi fidelidad? por qué recelas
confiarme el arcano? mas aprecio
Tindaro de mí hizo.

Agam. Tengo experiencia
de tu afecto leal, mas son preciosos
estos breves instantes que desprecias;
ya apunta el nuevo Sol, podrá entre tanto
llegar::- ah! vete, corre::- quanto anhelas
despues te lo diré.

Tim. Ya tu precepto
le voy à obedecer con diligencia.

SCENA III.

Agamenon.

El Cielo favorezca mis designios:
por poco que Timante se detenga
frustrada quedará toda esperanza,

inu-

inutiles, y vanas mis ideas:
apartate, hija amada, de este Puerto,
si por desgracia pisas sus arenas;
à qué empeño tan fuerte ha de exponerme
de Aquiles el furor, y la sobervia!
él sujetó la Frigia, espera en Argos
dar la mano à mi hija; quando sepa
que à Aulide engañada viene aora,
qué excesos de su amor la vehemencia
no le hará cometer para vengarse!
y quién reprimirá su pasion ciega?
Por qué el Palacio de Argos yo he dexado!
Quántas ansias, ò Cielos, quántas penas
las vanidades del Imperio Griego
à mi espiritu causan! Torpe Elena,
qué dia tan aciago el que enlazaste
de Atréo con la extirpe! tú la excelsa
gloria de su virtud obscureciste
con el borron mas feo; tú una guerra
tan activa, y voráz has encendido,
que al mismo vencedor será funesta.
Pero yo he de servir al comun odio?
Porque la esposa infiel en Troya vea
Menelao, y la quite al Pastor Frigio,
he de sacrificar mi vida mesma?
no, que será crueldad, será barbarie,
y estímulos de gloria no superan
à los tiernos afectos que en el alma
inspira suave la naturaleza.
Ya renuncio el govierno de la armada:
Menelao, si en el pecho aun conservas
de amor la llama à tu perjura esposa,
la Grecia el alto grado te confiera,
y el vano honor de la comun venganza
sea el movil que guie tus empresas;
 si

si de la prole del glorioso Atréo
quiere el Cielo que victima se ofrezca,
en las aras de Numen tan contrario
vierta Ermione la sangre de sus venas,
y enjugue Elena el llanto de tus ojos
con el cruel dolor, la angustia fiera,
que causará el destino de tal hija,
aunque en vez de ser madre monstruo sea.
Mucho dexé correr los sentimientos
del cariño de padre.
Dentro Menelao. Tente, espera.
Agam. Qué escucho!

SCENA IV.

Timante, Agamenon, Menelao.

Agam. Timante, aun no te has ido?
Tim. Menelao pidió el pliego, y con fuerza
le arrancó de mis manos.
Agam. Qué te mueve
à accion tan desusada, y tan violenta?
dame el pliego: retirate, Timante.

SCENA V.

Menelao, Agamenon.

Menel. Si de honor sentimiento alguno queda
en un alma tan vil, buelve la cara,
y levanta la vista que en la tierra
fixaste avergonzado; tu delito
bastante te confunde, y te consterna,
y asi no quiero con reconvenciones
aumentarte el dolor, la justa pena.
Agam. Soy inocente, y Rey, con que no temo
la furia de los Dioses, ni hacen fuerza,

no, traidor, tus palabras, ni tu orgullo.
Menel. Por mas que disimules, sé que tiemblas:
vive odioso à los hombres, y à los Dioses;
ni puedo prometerme que la Grecia
el yugo de un tirano mas tolere;
has descubierto la ultima flaqueza
con escribir el pliego.
Agam. Venga al punto:
y cómo, dí, te atreves con violencia
à salir al encuentro, detenerle,
y requerir las órdenes secretas
de un Ministro à quien confio los negocios?
La intencion que en mi pecho se reserva
investigarla à tí no corresponde;
de los Reyes las maximas se quedan
para el público ocultas, hasta tanto
que juzgan conveniente que se sepan;
pero yo contendré tus osadías,
y haré con tu castigo, que se vea
el honor, y respeto que compete
à un Gefe Soberano de la Grecia.
Menel. La vana pompa del supremo grado
no puede intimidarme; la apariencia
de tu semblante airado causa risa;
y asi disimular en vano intentas
con palabras, con voces arrogantes
el temor que te agita, y manifiesta
contra tu voluntad tu rostro mismo:
Los designios, y arcanos que reservas,
patentes este pliego me los hace;
buscaré à Ulises, y sabrá la Grecia
de su Gefe el engaño, porque quede
de tan indigna accion memoria eterna.
Agam. Qué es lo que dices? tú has leido el pliego?
Menel. Si, le he leido, llegará Ifigenia;

dolor, y compasion tambien me causan
tus sentimientos, y su suerte adversa;
pero no quiera el Cielo que subsista
sin vengar infamado, y con verguenza
de los hijos de Atréo el nombre excelso;
ni que los Griegos sufran la baxeza,
de que el Troyano vil dentro sus muros
la alhaja que robó ya mas detenga.

Agam. Pues continúa el barbaro designio
que te induce à venganza tan sangrienta;
sacia tu ardiente sed de sangre Frigia,
à tu enojo, y furor Troya perezca;
encargate del mando de la armada,
yo me contentaré con dar la buelta
à Argos, y separar de aquesta playa
mi hija amada.

Men. Por un momento espera.

Agam. Qué es lo que quieres?

Men. Solo saber donde
tu corazon sin reflexion te lleva;
teme à lo menos el enojo justo
de la Diosa que ofendes.

Agam. Que se vierta
la sangre de una victima inocente,
es imposible que Diana quiera.

Menel. Calcas::-

Agam. Fue seducido, y asi en vano
un Oraculo falso me recuerdas.

Menel. Ah! no, hermano, siquiera tén presente
el riesgo à que te expones, considera,
que Ulises el Oraculo ha sabido,
y aprestará la armada, porque emprenda
siguiendote, venganza del agravio
con que el honor injurias de la Grecia:
Del vencedor despojo ha de ser Argos,

ya parece que miro la tragedia,
rios de sangre inundarán las calles,
incendiado el Palacio de Micenas
caerán sus torres, y sus edificios,
sepultada entre llamas Clitemnestra,
Ifigenia abrasada::-

Agam. No prosigas,
que mas mis sobresaltos acrecienta
la imagen de tan fúnebres agueros;
yo evitaré los riesgos que me esperan:
agradezco tu zelo, mas la esposa,
aunque me quede, bolverás à verla:
Sin mí los Griegos llegarán à Troya,
Generales tendrán para esta empresa
de mas valor, mas merito, y fortuna:
à Dios.

SCENA VI.

Timante, Agamenon, Menelao.

Tim. Señor.

Agam. Qué sucede?

Tim. La Reyna
acaba de llegar, mientras un poco
descansa en lo frondoso de esa selva,
que à la entrada del Campo::-

Agam. Qué hago, Cielos!
me detendré? no, voy.

Menel. Aguarda, espera;
y este recibimiento, dí, previenes?
no adviertes el que ya saberse es fuerza
el arribo?

Tim. Los Principes al bosque
presurosos caminan, solo suenan
de alegres vivas repetidos ecos,
todos fixan la vista en Ifigenia,

y aclaman por felices à sus padres.
Agam. No es asi; mas confuso entre mis penas,
quiero ir, y quedarme à un tiempo mismo;
el amor me estimúla, honor sujeta,
me ofusco: nada acuerdo, mientras tanto
la hija::- ò Dioses! vé, vé, Timante, buela;
pero no: qué congoja!
Tim. Qué resuelves?
Agam. Cedo en fin del destino à la violencia;
el conducir la Reyna à tí, Timante,
encargo, le dirás, que yo la tienda
no puedo abandonar ni un breve instante,
y mi cariño ansioso las espera.

SCENA VII.

Agamenon, Menelao.

Agam. Barbaro hermano, tú fuiste, y aora eres
de las calamidades, y miserias
excesivas, que sufro, unica causa;
de mi Corte, y Palacio tú me alejas;
tú à Timante detienes; muy distante,
si no fuese por tí, ya yo estuviera
de Puerto para mí tan azaroso:
qué de angustias me afligen, y atormentan!
y hasta el honor del grado que aqui ocupo
me obliga à que reprima en la presencia
del valeroso Griego los sollozos,
el llanto amargo, y fúnebres endechas,
sin permitirle al afligido pecho
siquiera el desahogo de la quexa!
Por qué, cruel, no acabas con mi vida,
y dás fin à fatigas tan inmensas?
si de mi hija la sangre no es bastante
à saciar tu impiedad, la mia vierta

tu

tu furor rigoroso; dí, es posible
que mis desgracias no te compadezcan?
no, del piadoso Atréo no eres hijo,
te dió el sér algun monstruo, alguna fiera.

Menel. Templa, hermano, el dolor, que ya las iras
se cambian en piedades, y ternezas,
y el impulso que en coleras ardía,
respira compasion.

Agam. Cómo? aun intentas
hacer escarnio de mis sentimientos?
ah! justos Dioses, qué barbarie es ésta!

Menel. No es asi: tus designios seguir quiero:
qué improvisa mudanza experimentan
mi razon, y sentidos! ò quán pronto,
quando están perturbadas las potencias,
el corazon varía los afectos!
No soy, Agamenon, como tú piensas,
y lo juro, sino crees mis palabras;
aquel monstruo cruel, aquella fiera,
que tan sedienta de la sangre humana
te instaba à derramarla, la inocencia
con que Ifigenia viene, los afectos
de amor, y de piedad en mí despierta;
de tu dolor mi pecho enternecido,
tus ansias, y congojas le consternan;
del amor fraternal la dulce llama
arde en mi corazon con tal violencia,
que ni en acasos prósperos, ò adversos
minorarse podrá; si de Ifigenia
la inocente sangre ha de ser el precio
de Elena infame, todas las ofensas,
los cariños, las coleras zelosas
ya para siempre olvido; las ideas,
y furiosos impulsos de venganza
abomino, y detesto; se disuelva

la jurada alianza ; abandonada
quede esposa que ha sido tan perversa;
antes que llegue al campo , buelva à Argos
Ifigenia contigo ; favorezca
el Cielo mis piadosas intenciones,
y el mas feliz destino la conceda.
Agam. Qué es lo que escucho ! qué expresiones dulces
profieres , Menelao ? ah ! se vé en ellas
que el Cielo al inocente nunca oprime;
ya descubro en tu rostro la primera
imagen fiel de un cariñoso hermano,
desfigurada antes con la ira ciega
de un vehemente afecto vengativo;
ya tu razon no ofusca aquella niebla,
que embarazaba el uso à los discursos;
llega à mis brazos , y en union tan tierna
reciba nuevo espiritu , nueva alma
mi triste corazon ; por tu clemencia
gozarán mis sentidos el sosiego;
oy que tu compasion libra à Ifigenia
del rigor de la muerte , aquella angustia
que mi pecho afligia al verla cerca
del extremo momento , mas amable,
mas dulce à mi cariño la presenta,
creo empieza à vivir en este dia:
el Numen que mandó victima fuera,
porque mas estimable , mas precioso
me parezca este don , quiere se encienda
de nuestro antiguo amor la viva llama
antes de recibirle , tú me llenas
de mil felicidades , que los hados
nunca interrumpirán::- pero à qué esfera
se remonta el discurso , alucinado
de una esperanza vana , y lisonjera?
Ifigenia ya havrá llegado al Campo,

y quizá estará cerca de mi tienda;
mientras un faláz gozo el pecho ocupa,
se aproxima el momento en que perezca
al rigor de su barbaro destino,
que es ley irrevocable esta sentencia;
ni tu tarda piedad podrá evitarle
el duro golpe que la armada diestra
vá à descargar en su inocente cuello.

Menel. Pero quién es posible que apetezca
vér derramada sangre, que ni el hado,
ni el Oraculo exigen; yo la empresa
no abandono? ya no hay por que los Griegos
quieran llegar de Frigia à las riberas;
ni imploro el patrocinio de los Dioses,
si ha de ser tan cruel la recompensa:
al campo vamos, para hacer notoria
mi determinacion.

Agam. Y cómo esperas
que el engañoso Ulises no se oponga?
si à empuñar el acero su flaqueza
no se atreve, con voces aparentes
sabe sembrar su astucia, y su cautela
el veneno mortal, y pernicioso,
que dentro el corazon siempre reserva:
no es posible tampoco que el engaño
del Troyano Pastor, y la vileza
del robo cometido, Grecia olvide:
qué querrá sin honor, y con verguenza
à la patria bolverse con la armada?
al vér executar accion tan fea,
qué dirian las barbaras naciones?
al mirarse sin freno, con sobervia
insultará su orgullo al Griego Imperio;
al destino fatal ceder es fuerza;
de una vana esperanza seducido

alucinarme à mí tambien intentas.
Menel. No pierdas aun del todo la esperanza,
ésta el unico alivio es que nos queda
en la mayor desgracia; à los escollos
del proceloso mar no dexa expuesta
la nave sin timon el buen Piloto:
vamos los dos de Ulises à la tienda,
si en nuestro parecer no se conforma,
convendrá con suspiros, con ternezas
moverle à compasion; querrán los Dioses
escuchar nuestros ruegos; y la senda
que áspera intransitable te parece,
hará camino llano su clemencia.
Agam. Vamos, y no se omita medio alguno;
en el peligro extremo nos enseña
la prudencia à seguir qualquier camino,
en donde la esperanza resplandezca
con viso el mas pequeño; mientras tanto,
baxo la sombra de noticia incierta,
quede oculto el Oraculo à la armada,
porque la induciria à una violencia
el falso zelo de vengar los Dioses;
y hasta que los destinos nuestra adversa
suerte prefixe, el orgulloso Aquiles,
y mi esposa el arcano no comprendan;
si llegan à saberle por desgracia,
si descubren las maximas que encierra,
qué batalla de afectos tan contrarios,
qué guerra de pasiones tan opuesta
causarán en mi pecho los sollozos,
el llanto, las angustias, las querellas
de una afligida madre! y de un amante
el enojo, el furor, y la sobervia.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

SCENA I.

Clitemnestra, Ifigenia.

Clitem. MUcho te ha trastornado la fatiga
de camino tan largo, y tan prolíjo;
tu hermosura, Ifigenia, y pocos años,
de quien solo el Palacio centro ha sido,
resistir no podia los calores
de tan ardiente clima.
Ifigen. Del camino
la molestia mis fuerzas enflaquece;
pero las esperanzas con que miro
cercano el punto de abrazar un padre
que venero, rindiendo mi alvedrio
al esposo, me sirven de descanso,
y suaviza las penas que he sufrido.
Clitem. A Agamenon, y Aquiles venir veo,
de placeres se llena el pecho mio.

SCENA II.

Agamenon, Aquiles, y las dichas.

Clitem. Querido esposo.
Ifigen. Padre, y señor.
Agam. Llega,
Clitemnestra, permite à mi cariño
el que enlaze los brazos en tu cuello;
llega, Ifigenia, de mi afecto fino
eres la prenda mas idolatrada,
en mi pecho descansa.

Ifigen. El regocijo,
ò amado padre, que me inunda el alma,
no le puedo explicar, pues oy benigno
tantas dichas el Cielo nos concede;
de tu gloria inmortal veo esparcidos
por todas partes luminosos rayos,
y en el viento resuena entre el bullicio
de las armas el eco de tu nombre,
alternado con vitores festivos.

Aquil. En qué feliz momento la fortuna
me conduce à la tienda! ya imagino
que del comun placer la mejor parte
reserva para mí; pero os suplíco
me dispenseis, señora, el no quedarme
à serviros aqui, pues me es preciso
asistir al instante en otro puesto.

Agam. Parte, Aquiles; en orden prevenidos
los esquadrones de Thesalia queden;
moverá pronto el viento, y los Caudillos
de la armada saldrán de aqueste Puerto.

SCENA III.

Agamenon, Clitemnestra, Ifigenia.

Clitem. Por qué Aquiles se ausenta de este sitio,
y sin mirarnos casi? de esta suerte
à la esposa recibe tan remiso?

Agam. Camina al campo à sosegar las Tropas
de Thesalia, cuyo arrogante brio
le conmovió no ha mucho la impaciencia
con que anhela vencer al enemigo,
bolverá en conteniendo sus ardores;
pero tú, amada esposa, los designios
generosos de Aquiles no comprendes;
del impulso de gloria poseido

so-

solo aspira à marciales lucimientos;
en vano esperas que su pecho altivo
alimente de amor la dulce llama,
y à su bélico ardor venzan los finos
rendimientos de amante cariñoso.
Clitem. La gloria, y el amor bien han sabido
muchas veces unirse, y la dulzura
de un tierno afecto inflama à los mas vivos
estímulos de gloria à Heroes grandes,
y aun à los mismos Dioses.
Ifigen. Yo no aspiro
à que el bélico aliento olvide Aquiles,
pues si en el ocio suave de Cupido
descansáse, quando arde en guerras Grecia,
de mi mano no fuera entonces digno:
pero à la verdad, madre, yo aun no puedo
de su fé recelar; él ha ofrecido
el mas constante afecto; varias veces
referiste su esfuerzo peregrino;
de tu boca escuché, que de los Griegos
Principes, oy de mi padre en el juicio,
el mas acreedor era à mi mano;
en él de la fortuna el don mas rico,
mas amable se vé; su bello aspecto,
sus dulces expresiones, y el activo
fuego de sus dos ojos, manifiestan
la nobleza del alma::- mas qué digo?
yo sin hablarte à tí, mi amado padre,
el discurso, y razon à otro dirijo?
cómo, quando anhelaba tanto verte,
me distrae otro objeto? mi delirio
disimula, y permite que los labios
una, y mil veces selle mi cariño,
entre finos abrazos, à esa mano,
en la que el justo Cielo ha conferido
el

el honor de la Grecia: ah! que en el pecho
el corazon no cabe! el regocijo
por los ojos en lagrimas se asoma:
Quando de veinte Reyes circuido
el Solio ocupas, veo en tí la imagen
de Jupiter airado, ò Marte altivo;
veo el Numen de Grecia poderoso,
del Asia el vencedor: oh à quán subidos
quilates de explendor, y de grandeza
ensalza tu valor esclarecido
de Atréo el grande nombre, y le conserva
eterno en la memoria de los siglos
con dilatada prole! Lo sublíme
de tu gloria remonta los caprichos
en mí de vanidad; ni hará la Grecia
memoria entre sus fastos de destino
mas feliz, mas dichoso de otras hijas.

Agam. Sobre manera ocupan tus sentidos
afectos de terneza; te alucina
la vana pompa; de la gloria el viso
tus potencias deslumbra; quántas veces
este sobervio afecto es el motivo
de tormento mayor? pluguiese al Cielo,
que evadirme pudiera del dominio
de la armada que tanto me fatiga.

Ifigen. Qué accidente, señor, tan improviso
perturba tu quietud? qué nuevo arcano
tus palabras encierran? del prolíjo,
y vil ocio la armada ya impaciente,
solo marchar anhela; están propicios
los Dioses; temerosos los Troyanos,
apelan de los muros al recinto:
qué cosa pues aora te entristece?

Agam. Nada; me distrage: sé que el Griego brio
les ha llenado de temor, y espanto;

de

de oir solo su nombre, ya vencidos
perecer imaginan entre llamas,
ò espirar de la espada al duro filo:
oy templará la Diosa los enojos:
ay de mí! dexame: cruel destino!

Ifigen. Yo dexarte? y por qué? viviré acaso
lexos de tí?

Clitem. Qué idea los sentidos
os ofusca?

Agam. Ah! no, no puedo mas: hija::-
à Dios: qué tormento!

Ifigen. Padre querido,
por este llanto sepa yo la causa
de tanto sentimiento: qué delito
me hace rea à tu vista? mis afanes
à lástima te muevan.

Clitem. Qué peligro
ocurre aora? del supremo grado
la emulacion el odio ha conmovido
de los Principes Griegos? del govierno
te oprime el grave peso?

Agam. Bien abrigo
en el pecho bastantes desazones
que causa el mando; pero mi martirio
de superior motivo se origina:
ay de mí! yo alimento el aspid mismo
que rompe mis entrañas, su veneno
ya por mis venas corre; un basilisco
en vez de padre soy, soy de mi vida
el verdugo cruel.

Ifigen. No, padre mio,
eres el Rey mas justo, y mas piadoso,
el padre mas amante, y mas benigno.

Agam. Que calles, ò te apartes de mi vista,
por Diana, Ifigenia, te suplíco:

Ah! si supieras quánto tus palabras
el alma me destrozan! poco alivio
puedo de tí esperar, antes la herida
que el pecho recibió con tus suspiros,
la cancéras, y se hace mas acerba.
Ifigen. Yo soy causa, señor, de tu conflicto?
qué desdicha! ah padre::- por el afecto
primero::- no: qué culpa he cometido?
soy inocente: respirar no puedo:
à tus plantas me postro: qué delito
me infama en tu concepto?
Agam. Justos Dioses,
qué angustia es ésta! hacedme mas sufrido
el corazon, ò menos intrincado
bolved de las virtudes el camino.
No temas, no, sosiega, hija, levanta;
quién la sombra mas minima de vicio
opondrá à tu virtud? la llama ardiente
de mi amor se extinguiera, sí, es muy fixo,
si inocente no fueras; mis afectos
de mirar ese rostro peregrino,
copia de Venus, siempre están ansiosos;
de abrazar con el mas tierno cariño
la prenda de un amor tan puro, y casto,
nunca están satisfechos; à quán finos
extremos de pasion puede extenderse
el amor casto, muy à fondo quiso
en un padre hacer vér naturaleza:
quánto dista este ardor del apetito
debil, y pasagero de un amante!
Cómo dentro el Palacio en un continuo
sentimiento podré pasar mis dias,
si te vás con tu esposo? qué martirio
ha de ser para mí nacer el Alva,
ponerse el Sol, quedando sumergido
en-

entre la obscura sombra, y noche eterna
de una mortal ausencia! el sitio mismo
à donde amor à verte me llevaba,
hará recuerdo del placer antiguo:
Qué en vano iré à encontrarte, donde à veces
te entretenias sola! con qué ahinco
acudiré al espejo à cuya vista
puesto en orden el pelo sin aliño
acrecentaba el arte la belleza,
creyendo hallar tu rostro! mas huído
del cristal, y esculpido en mi memoria,
será en valde buscarle en otro sitio:
Recorreré las selvas, y los montes
llevado de la fuerza del delirio;
repetiré tu nombre una, y mil veces,
esparciendo en el aire los suspiros:
pero tú en la region quizá ignorada
estarás muy distante, y mi cariño
no tendrá otra respuesta que el silencio,
ò el eco tardò, que con su sonido
aumentará las ansias, y congojas,
duplicará las penas, y martirios.

Ifigen. Oh amado padre! veo que à arder buelve
el fuego que juzgaba ya extinguido:
si digna de tu amor aun te parezco,
si soy la que solia, ya tranquilo
el corazon descansa, las potencias
se serenan del todo, y los sentidos
gozan de dulce calma: ni el recelo,
ni el amor, ni esperanza, ni peligro
trastornarán aquel comun afecto
con que naturaleza nos ha unido:
Por obedecer solo tu precepto
daba à Aquiles la mano; mas te afirmo,
que este amor, que à nacer aora empezaba,

fenecerá al momento: dividido
de mi alma el mas minimo cuidado
buelvo à entregarte el corazon mas fino:
Detesto, y aborrezco el debil lazo,
y penosa cadena de Cupido;
independente de esta servidumbre
tendré la libertad en tu dominio,
en él disfrutaré de los placeres
de la dulzura de un amor sencillo;
y de la madre al lado en el Palacio
estaré hasta que acabe el vital hilo:
Por qué dispone el hado rigoroso,
que interpuestos los golfos cristalinos,
tan lexos de tu vista yo me quede?
por qué à lo menos el marchar contigo
no me permite à presenciar el triunfo?
Ni las iras del mar embravecido,
ni de Aquilon la furia, ni el reflexo
de la lanza feroz del enemigo,
ni de la voráz llama los estragos,
podrán intimidar el valor mio,
si en tu presencia estoy::- mas quán en vano
me dexo seducir de mis caprichos!
Vé, llega, y corta los pimpollos verdes
del inmortal lauré, que en premio digno
del sudor noble adornará tus sienes:
vé, llega, vence, triunfa; pocos giros
dará la Luna, sin que la victoria
mas completa consigas; mi exercicio
entre tanto será pedir al Cielo,
que abrevie aquel momento apetecido
de bolverte à Micenas; quántas veces
desde las torres miraré el camino
por donde has de venir! y finalmente,
quando cargado de despojos ricos

te

te divisaré, bolaré con ansia
à alternar tus abrazos con los mios;
eterno nuestro amor hagan los Dioses!
Mientras dure el aliento que respiro
estaré junto à tí en la edad anciana,
sin que la suerte tenga ya dominio
para arrancar tu imagen de mi pecho,
para apartarme de tus brazos finos.

Agam. Ifigenia, esperanzas tan alegres
alimentar no puedo; del destino
es forzoso ceder à la violencia;
que te pierda los Dioses han querido;
si por dicha tu suerte se trocáse,
tén entonces presentes los martirios
de tu angustiado padre: en otro puesto
la obligacion me llama de mi oficio;
en ese pavellòn descansar puedes,
dale à tu sobresalto algun alivio.

Ifigen. Te obedezco, señor; asi mis ojos
les cierre dulce sueño, ya que miro
sosegado el tumulto que temia,
y late el corazon quieto, y tranquilo.

Agam. Oh gusto momentaneo de abrazarte,
à qué precio tan caro te consigo!
Temo que mi constancia desfallezca:
oh virtud digna de hado mas propicio!

SCENA IV.

Agamenon, Clitemnestra.

Agam. Permite, Clitemnestra, estos sollozos
de un padre à las ternezas, y no indignos
te parezcan de un Gefe Soberano
de las Griegas esquadras; de su brio
no lo juzgue el Troyano cobardía,

tiemble el pérfido vil ; de Atréo el hijo
aun respira furores , y venganzas,
aun ha de hacer correr de sangre rios
por el Real Palacio : yo no temo
del barbaro el enojo ; el poder Frigio
no me asusta , y le tengo muy en poco:
pero entre mil pasiones confundido,
no puedo contener sus sentimientos
delante de Ifigenia : y qué ? motivo
tendré de avergonzarme en tu presencia,
si con lagrimas siento este exterminio?
Las fieras à quien roban sus hijuelos,
montes , y valles llenan de gemidos,
y yo no estoy exempto de las leyes
de la naturaleza.

Clitem. Mucho admiro
que el dolor , y las penas te dominen:
propia de las mugeres siempre ha sido
la flaqueza , y yo tengo mas constancia:
à mi amor no supéra tu cariño;
el dolor de perder la hija querida,
no es inferior al tuyo , ni mas tibio;
y con todo , mi espiritu aventaja
al fuerte Agamenon : Un Heroe invicto
se vence al golpe que una madre sufre?
lo exige la razon : no es permitido
por Ley , ni por costumbre de la Grecia,
que habiten las Princesas el retiro
del paternal alvergue sin esposo;
y quál mas esforzado , quál mas digno
que Aquiles hay ? La sangre de una Diosa
circúla por sus venas ; los antiguos
blasones de Peléo los aumenta
al Reyno de Thesalia ; como el brillo
de la Luna aventaja à los Luceros,

en

en Grecia su valor esclarecido
es superior al de los otros Reyes.

Agam. Yo tambien me convengo en que es preciso
las Leyes observar, y aunque lo sienta
no lo diferiré: ya el Cielo quiso
nuestros votos oir: en este dia
moverá el zéfiro: el momento impío
de cumplir el decretó de los Dioses
se acerca velozmente; antes yo mismo
debo à Ifigenia conducir al ara,
y disponer la pompa para el rito;
importa pues que luego venga al campo.

Clitem. Tén presente à la Diosa un sacrificio
ofrecer, que à Himenéo llama siempre
para el nupcial placer.

Agam. No, no lo olvido:
esa memoria el corazon me oprime!

Clitem. Agamenon, que no retardes pido
tantas satisfacciones à mi anhelo;
à tu lado las honras, y el dominio
disfrutaré de Grecia: el sumo fausto
de veinte Reyes, que de su Caudillo
seguirán las pisadas, de las nupcias
hará los aparatos mas lucidos:
nombrar madre del hijo de una Diosa
escucharé con gusto: oh quán tardíos
llegan estos instantes à mis ansias!

Agam. Pero acuerdate, esposa, que el recinto
de ara, y altar rodeará con armas
un numeroso Exército: imagino
el tropél que en el Campo ha de moverse:
el rumor de las armas, el bullicio
de voces de guerreros, y del Pueblo;
todo aqueste confuso laberinto
me parece que ya le estoy oyendo:

En-

Entre las ceremonias de estos ritos
no te es decente, esposa, introducirte;
à tu grado, à tu sexo le es debido
el que dentro la Tienda permanezcas
mientras la execucion; y asi conmigo
permite que Ifigenia venga sola.
Clitem. Qué dices? ah! no; esposo, te suplíco
no me prohibas el llegar al Campo:
à Aulide à mi lado la hija vino,
yo la he de acompañar hasta las aras:
Quién llevará las teas? al Ministro
quién dispondrá la pompa?
Agam. Yo.
Clitem. Y no adviertes
no corresponde al padre ese exercicio?
Agam. Pues la madre no puede executarlo.
Clitem. Con que no puedo::-
Agam. No. Bastante has dicho:
ya que à tí la razon no te hace fuerza,
ni mi ruego contiene tus caprichos,
oye lo que te mando: Ni un pie solo
te atrevas à mover de este distrito.

SCENA V.

Clitemnestra.

Qué rígido decreto le prohibe
à una madre asistir à tan festivo
solemne acto! yo apresuré mi marcha
à este Puerto, creyendo al regocijo
concurrir de las nupcias, y à Ifigenia
conducir al esposo; mas medito
que mi esperanza quedará frustrada,
y todo mi placer desvanecido.
Con qué rubor delante de la Armada
ten-

tendré de presentarme! Qué designio
me obligó à que el Palacio abandonáse?
por qué en Aulide havré permanecido?
Qué altivéz el govierno dió à mi esposo!
Tambien Aquiles con afecto tibio
à Ifigenia recibe, y se vá al punto:
no digo que le ocupe el amor fino,
la constante pasion de un ciego amante;
pero al primer impulso, al dulce tiro
de un amor que à nacer aora comienza,
insensible será? todo el oficio,
y obligacion que exige la costumbre
de un nuevo esposo, lo pondrá en olvido?
No puede ser; estoy menospreciada,
mi grado, y dignidad muy abatidos:
Aora que Agamenon marcha ázia el Campo,
haré que venga Aquiles à este sitio,
si el rubor no le impide el presentarse;
le diré de mis quexas el motivo,
la justa causa de mis sentimientos;
conocerá el respeto que es debido
à mi carácter, y mis circunstancias;
y que mi hija à su extirpe peregrino
añadirá blasones, preeminencias,
nuevos timbres, y honores distinguidos.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

SCENA I.

Aquiles.

A Qué efecto Timante me conduce
desde el Campo à la Tienda? Qué la obliga
à llamarme à la Reyna? Será cierta
la voz, que hace muy poco à mi noticia
llegó, que havia Ulises esparcido?
Mas por qué de las armas à la vista
quiere Amor estrecharme con su lazo?
La gloria à otros cuidados nos incita;
y si es preciso que antes de ir à Troya
dé la mano à Ifigenia en este dia,
pudiera Agamenon haverme dicho
su designio, pues es sospecha indigna
en entrambos dudar de la palabra:
Por ventura tendré quien me compita?
Qué disculpa dará de ello su padre?
debiera intimidarse: tambien mi ira
causar debiera asombro al rival mismo,
y aun à Ifigenia::- mas mi fantasía
qué la perturba? Te olvidaste acaso
de quién eres, Aquiles? Ignominia
no sería ocuparte en los desvelos,
y sospechas de amor? ya prevenida
está para marchar toda la Armada;
à tu espiritu el Cielo le encamina
por la intrincada senda de la gloria:
y ofuscan tu razon, tu pecho agitan
zelosos desvaríos? no es posible;

que-

que de idea tan vil desvanecida:
avivaré en mi mente los impulsos
de mi heroico destino, las activas
llamas de honor, el culto de los Dioses,
y de Grecia la fama esclarecida.

SCENA II.

Clitemnestra, Aquiles.

Clitem. O grande hijo de Thetis, el Imperio
de Grecia su honor todo de tí fia;
Menelao de tu mano la venganza:
marcha, vence, derrama por la Frigia
la sangre del contrario, que blasones
nuevos, timbres, y glorias distinguidas
te añada, y un eterno monumento
sea de tu valor la playa misma.

Aquil. Hermosa hija de Leda, de tu elogio
digno me hará mi espiritu algun dia,
no le merezco aun, queda la empresa
à los hijos de Atréo conferida,
para tu esposo, Soberano Gefe,
guarda el Cielo los timbres, y la dicha
de vengar el honor del Griego Imperio:
yo seré muy feliz, si obedecidas
mis ordenes, las Tropas de Thesalia
siguen à Agamenon; siempre à su vista
junto al muro de Troya, por su mano
me dará los laureles con que ciña
mi pelo tinto de enemiga sangre:
mas si la suerte quiere que resista
Troya la fuerte Armada de los Griegos,
y à su furor no acabe; si la vida
de tu esposo faltáre, en tan funesta
fatal empresa acabaré mis dias,

y verá el pasagero que mi tumba
à su sepulcro excelso está contigua.
Clitem. Aquiles, el amor vano de gloria
tu razon, y discurso tiraniza;
otro afecto no menos apreciable
ocuparte oy debiera: qué, no es digna
Ifigenia de todas tus potencias?
Asi recibes à la esposa fina
que siguiendote viene?
Aquil. Por ventura
es cierto lo que oí?
Clitem. Tambien tú aspiras
à hacer burla de mí? juro à los Dioses,
verás soy madre, y Reyna; tu osadía
yo sabré castigar.
Aquil. No asi te irrites;
Señora, muy à fondo esta noticia
debiera yo saberla: los recelos
de un engaño se aumentan: quien compita
à un Aquiles havrá? dará la mano
à algun otro Ifigenia? se le olvida
la fé que me juró? seré engañado?
Por qué el rival, la esposa, tú, tú misma,
y Agamenon, no temen mi venganza?
Clitem. Qué rival? no te entiendo; tú deliras:
mi esposo me mandó, que acompañáse
à este Puerto à Ifigenia, que queria
celebrára las nupcias con Aquiles
en esta playa.
Aquil. Nueva tan propicia
jamás Agamenon me ha confiado:
quando antes le ví, no me nombró la hija,
el motivo que tuvo no comprendo.
Clitem. En vano disimula tu malicia;
estais confabulados en mi daño,
no

no quiero investigar vuestra perfidia:
de Aulide partiré, quando distante
se asegure Ifigenia en otro clima:
mi furor me abrirá facil camino
de lograr la venganza à que me incita.

Aquil. Deteneos, señora.

Clitem. Y bien, qué quieres?

Aquil. Pues tú te arrojas en mi cara misma
à decirme traidor? y yo lo sufro,
reprimiendo la colera, y las iras?
por tu grado, señora, por tu sexo
el error disimulo: villanías
nunca Aquiles usó; sin causa alguna
condena à mi inocencia tu injusticia:
Si de Agamenon temes los designios,
velaré en tu defensa; la ignominia
de mi honor ultrajado, de mi esposa
el peligro, las furias vengativas
excitarán en mí, ya que la suerte
se muestra à mis anhelos tan propicia,
y Cupido mis dichas adelanta:
De inmensas huestes la arrogancia altiva
intentará sin fruto de mi lado
separar à la esposa mas querida;
si tal imaginaren, si emprendiese
accion tan temeraria su osadía,
verán los hombres, y verán los Dioses,
que mi arrojo ocasiona mil ruinas;
y en que sean amigos, ò contrarios
intereso muy poco.

Clitem. Tú te olvidas
de quien eres, Aquiles: no te corres
de que inflamen tu pecho las delicias
de Venus, y Cupido? ah, no; desecha
tan viles pensamientos; te precisa

à ideas mas sublimes tu destino,
y el honor de la Grecia: no regian
tu corazon no ha mucho estos afectos?
pues cómo tu inconstancia los varía
con tal facilidad?
Aquil. No es inconstante,
quien siguiendo el destino que le obliga
à anhelar las empresas, y los triunfos,
en su pecho reserva las mas vivas,
y alegres esperanzas: solo en Argos,
despues de haver vencido yo, creía
conseguir de la esposa el don precioso;
para mas merecer joya tan rica,
de valor, y de gloria, los impulsos
en mi pecho encendí, y à las caricias
del afecto mas tierno por rehenes
dexaba el corazon, y el alma mia:
Pero aora que tu esposo, segun dices,
quiere llenar el colmo de mis dichas,
de júbilo mi pecho embebecido,
à las dulces pasiones, que le incitan
de puro amor, dexé las riendas sueltas:
Ni yo por eso perderé de vista
los afectos de gloria; el amor mismo
les hará mas activos todavia,
y obligará à que lave aquella mancha
que introduxo el Troyano en la familia
de Atréo, con la qual ya me ha enlazado.
Clitem. Amor, que estos afectos oy te inspira,
favorezca piadoso mis designios:
Pero si intenta alguna alevosía
Agamenon, qué haré?
Aquil. Voy à buscarle,
sabré el arcano; mas tiempo con malicia
ocultar no podrá sus intenciones;
en-

entre tanto reprime tú las iras:
Si dexáse correr yo mis enojos,
sino templáse el impetu que aviva
mis furores, con solo oir el nombre
de una falsa cautela, me verías
bolver aqui manchado de su sangre:
Podrá jactarse que una bastardía
con Aquiles usó, y vivió un momento?
quiero que la verdad antes me diga;
luego queda à mi cargo tu venganza
por dificil que sea conseguirla:
puesta en arma la Tropa de Thesalia
à tu orden está.

Clitem. Vé, solo en tí estriva
nuestra suerte.

Aquil. Y no puedo ya mi esposa
bolver à vér? ah! que tal vez vacila,
y culpa de muy tibios mis afectos!
mas pesarme pudiera, si descuida
algo mi diligencia; pues quién sabe
dónde está Agamenon, y qué imagina?
voy bolando, señora; si dudáse
de mi amor Ifigenia, persuadida
quede de que la adoro, y soy constante:
pero ella viene.

SCENA III.

Ifigenia, Clitemnestra, Aquiles.

Ifigen. Señora, y madre mia,
mi padre se ausentó por tanto espacio,
tú tambien me abandonas?

Clitem. No; vén, hija:
yo dexarte? no; tú eres el objeto
de todo mi cuidado, las delicias

uni-

unicas de mi amor: à qué buen tiempo
has llegado! aora Aquiles à tu vista
viene, no bien tranquilo el alboroto,
à ofrecerte sus ansias encendidas.
Aquil. La fortuna que oyó mis tiernos votos,
à este lugar tus pasos encamina:
en Aulide te veo, y aun recelo
que es ilusion, que es sueño, ò fantasía:
Tu belleza, tus gracias, y virtudes,
que divulga la fama à toda prisa,
celebran Grecia, el mundo: la constancia
aumenta de mi amor la llama activa;
y doy gracias al Cielo, que al conato
de mi ardiente cariño en este dia
satisfaciendo, quiere resplandezca
la antorcha de Himenéo prevenida.
Ifigen. Dulce esposo, mis tardas esperanzas
la suerte favorable me anticipa:
de Argos en el Palacio retirada
este feliz momento apetecia;
mas bolver solo à verte imaginaba
quando entre las Esquadras, y Milicias
de Griegos, ya del Asia vencedores,
à este Puerto llegáras: Qué alegria
no esperada! qué júbilo improviso
mi corazon ocupa? Qué benigna
influencia! qué Numen favorable
mi destino primero asi varía?
La mano te he dar oy en el Campo!
tu valor, y tu gloria esclarecida
admirarán los siglos venideros
comun à entrambos! oh felice dia,
de todos para mí el mas venturoso!
El distinguido honor, la suma dicha
à que me eleva Amor, yo bien comprendo,
pe-

pero me faltan voces expresivas
que del corazon muestren los ardores.

Aquil. Lo que tu voz no dice, me lo explica
bastante la modestia de tus ojos,
y el rubor de tu rostro califica:
tú prendiste de amor el dulce fuego
en mi pecho sencillo, aora tu vista
aviva los incendios, y estimula
à gloriosas empresas: Ah! permitan
los Dioses, que de Troya el Solio antiguo
de la Grecia al furor sea ruina,
y rinda yo à tus plantas los despojos:
digno premio será de mis fatigas,
si vencidos los barbaros, consigo
en union cariñosa, y paz tranquila,
vivir contigo dilatados años,
y espirar en tu amable compañia.

SCENA IV.

Timante, Clitemnestra, Ifigenia.

Tim. Qué noticias tan fúnebres, señora,
vengo à participaros!

Clitem. Para oirlas
dispuesta estoy: prosigue.

Ifigen. Qué sucede?

Tim. En tan contraria suerte, en tal desdicha
guie el Cielo à lo menos mis intentos:
Agamenon::- Oh Dioses!

Ifigen. Qué? conspira
contra mi padre alguno?

Tim. Está sin riesgo;
basta que esto sepais: cosa es precisa
separar à Ifigenia de este sitio.

Clitem. Qué arcano será, Cielos! Vé, hija mia,

retirate à esa estancia; voy yo luego.
Ifigen. Estoy en confusiones sumergida.

SCENA V.

Clitemnestra, Aquiles, Timante.

Aquil. Voy al Campo.
Clitem. Esperad.
Tim. Detente, Aquiles:
à tu valor los Cielos cometida
la defensa tendrán quizá del riesgo.
Clitem. Dí pues.
Tim. Soy leal?
Clitem. Sí.
Tim. No lo sería,
mi Reyna, mi señora, si ocultáse
que tu esposo::- pensarlo me horroriza.
Clitem. Yo fallezco: ay de mí! Qué será, Dioses?
Aquil. Habla, acaba.
Tim. Vereis::-
Aquil. En qué vacilas?
Tim. Vereis con quánta causa tiembla el labio;
voces no encuentro; el corazon palpita:
Agamenon::- es cierto: oy en el Campo
intenta::- no lo dudes: (suerte impía!)
sacrificar la hija. Oh desdichada
infelice Princesa!
Clitem. Qué fatiga!
Sacros Dioses, qué escucho!
Aquil. Qué profieres?
tú deliras, ò sueñas?
Tim. Seducida
no quedes, no, señora, del cariño,
y el paternal afecto.
Clitem. Cómo? à una hija

el padre? el mismo padre? no es posible.

Aquil. Y por qué à tal furor se precipita?

Tim. Por victima, si Calcas no ha mentido,
pide à Ifigenia el Cielo.

Clitem. Su justicia
puede acaso afligir al inocente?
podrá un padre verter su sangre misma?

Aquil. Ved, señora, el arcano descubierto,
patente de tu esposo la perfidia:
Cómo la tierra sufre el grave peso
de tan horrible monstruo!

Clitem. Oh alma indigna!
por eso me mandó no ir à las nupcias:
mas no; cruel, iré: tu tiranía
saciará en mí primero sus furores,
que capricho tan barbaro consiga.

Tim. No asi, señora, os entregueis al llanto,
y à un inutil dolor, quando precisa
aprovechar el tiempo, y à Ifigenia
ausentarla de aqui; ya prevenida
mi obediencia las ordenes espera.

SCENA VI.

Clitemnestra, Aquiles.

Clitem. Ay de mí! dónde iré? suerte enemiga!

Aquil. Còmo, barbaro padre, à extremos tales
tu ambicion, y furor te precipitan!
cómo, tirano, las sagradas leyes
de humanidad destruyes, y aniquilas!
De mí tus intenciones con cautela
ocultar pretendiste; conocida
del secreto la causa, à la venganza
se presenta el camino; mi justa ira
te estremezca, traidor; al nombre indigno

de la prole de Atréo, ya esculpida
quedará eternamente la memoria
del castigo, à maldades tan iniquas
justamente debido.

Clitem. Que la vida
de Ifigenia defiendas, à tus plantas
te suplíco, señor; ella debia
ser tu esposa: por nombre tan sagrado,
por el llanto que imprimen mis mexillas
en tu mano, que beso suspirando,
por el dolor que asi me martiriza,
no la dexes expuesta à sus contrarios:
Cómo de Agamenon à la osadía
yo podré resistirme? tú solo eres
su asilo, padre, y Numen.

Aquil. No te aflijas;
levantate, señora; tus afanes
solo aquella venganza solicitan,
que yo ya por mi honor, y por la esposa
oy debiera emprender; vive tranquila,
reprime el llanto, de mi fé no dudes,
no irá Ifigenia al ara, antes rendida
víctima de las furias del Infierno
los Atréos serán: mi amor, que estima
tanto la esposa, sufrirá perezca
en la flor de sus años, y à mi vista?
Ah! de solo pensarlo me enfurezco!
Encubrirá una infame alevosía
mi nombre? debo ser el instrumento
que vengue los Atréos? no, no diga
jamás Agamenon que burló à Aquiles.

Clitem. Los justos sentimientos que te animan
continúa, señor; venga el ultraje
de tu honor; y tu esposa nueva vida
oy reciba por tí:- Mas qué improviso

afec-

afecto al pecho asalta, que asi enfria
mis coleras ardientes? Bien conozco
que es mi esposo cruel, bien sé que olvida
su barbarie las leyes naturales;
mas con todo es mi esposo: solo la ira
mi corazon ocupa, y sus rigores
no pueden extinguir del alma mia
aquel amor primero: un breve espacio
suspende los enojos que te irritan;
el amor, y prudencia muchas veces
en un mismo sugeto se concilian,
y por amor el hombre se govierna.
Hablaré à Agamenon, y con caricias,
con lagrimas, razones, y sollozos
he de vér si consigo enternecida
dexar su alma; la doblarán mis ruegos,
y suspiros tal vez.

Aquil. Qué fantasías
tan vanas os sugiere el amor ciego?
Quereis que dexe expuesta à una atrevida
violencia de Ifigenia la fortuna?
No, señora; no estorves que con prisa
la venganza execute.

Clitem. Espera, Aquiles:
mi alma, entre las pasiones oprimida
de esposa, y madre, nuevas desventuras
teme con fundamento: la hija misma
que salvar quieres, ésta, sí, es la prenda
del cariño del padre: Ah! qué desdichas
mi destino enemigo está influyendo!
O la hija he de perder, ò si la libras,
del esposo la sangre será el precio:
Duro contraste! Oy que la fuerza activa
de Himenéo experimentas en tí mismo
por la fé, y la palabra contraída,

de esposo el sacro nombre por los Dioses
te pido que respetes; no prosiga
tu colera: ah! sí; una infeliz esposa
à lástima te mueva.
Aquil. Complacida,
señora, quedaréis; por ser tu esposo
diferiré el castigo que debia
dar à un padre cruel: bien; este medio
unico que te queda no se omita;
él por sí será el juez de su destino;
si su corazon cambia, si se humilla,
salvas hija, y esposo à un mismo tiempo:
pero si al ruego, al llanto su malicia
no cediere, vereis como turbadas
las sacras ceremonias, facil via
entre la multitud de los Ministros
me ha de abrir esta espada; aun teñida
de la sangre caliente de tu esposo,
y de Calcas, verán como fulmina
centellas en el Campo los armados;
y que à aquel atrevido que osadía
tuviere de llegar hasta Ifigenia,
mi furor, y mi enojo le castigan.
Si me fuese contraria la fortuna,
junto à Ifigenia perderé la vida,
mezclada nuestra sangre, por lo menos
sus ultimos alientos les reciba
mi amante pecho: pero no, no hay riesgo,
la suerte favorece todavia
à Aquiles, y circúla por sus venas
la sangre de una Diosa.
Clitem. Larga vida
para hacernos felices te dé el Cielo.
Aquil. Voy à buscar tu esposo; prevenidas
tén, señora, las armas de tu sexo,
por

por si à la Tienda buelve; yo las mias
tendré prontas, que nunca en la campaña
inutiles han sido, ni vencidas.

Clitem. Tú eres nuestra defensa; y pues los Dioses
de amparar la inocencia siempre cuidan,
premio digno darán à tus virtudes,
y eterno en el registro de los dias
inmortal vivirá el nombre de Aquiles.

Aquil. No morirá Ifigenia: ley precisa
mi palabra ha de ser; en fé de ella,
señora, descansad: mientras yo viva,
quán en vano los hombres, y los Dioses
à un cruel sacrificio la destinan!
Este Oraculo mio mas seguro,
è infalible será, que la divina
voz de Calcas, tan solo por impulso
de su vano capricho proferida.

FIN DEL TERCER ACTO.

ACTO QUARTO.

SCENA I.

Clitemnestra, Ifigenia.

Ifigen. SE lo que debo hacer, madre, y señora;
sé, no debo inquirir aquel secreto
que reveló Timante; mas con todo
tus suspiros, y llanto dán recelo,
de que será mayor el infortunio,
de lo que tal vez es.
Clitem. Ah! no; mas fiero
no puede ser: Ya, contrarias Deidades,
quedaréis satisfechas; ya experimento
el golpe mas terrible: soy la madre
mas infeliz.
Ifigen. Con qué desgracia el Cielo,
señora, te amenaza? tus afanes
cómo minoraré? por qué el tormento
que sufres no me dices? no me niegues
este unico alivio, que de consuelo
le servirá quizá à tus amarguras.
Clitem. La prudencia requiere este silencio,
y à mi pena tan solo le permite
por desahogo el llanto: si el acerbo
dolor que al alma aflige, yo pudiera
contener, las piedades de tu pecho
no excitáran mis lagrimas amargas!
pero al destino resistir no puedo:
Muy en breve sabrás todo el arcano;
entre tanto, yo sola sufrir quiero
el rigor de los hados: los suspiros,

y compasion, alivios son pequeños,
quando evitar no pueden las desgracias.
Ifigen. Tu angustia dividida, por lo menos
estará entre las dos.
Clitem. Antes la tuya
aumentará la mia: si el intento
supieras::- pero no.
Ifigen. Estas congojas
à compasion te muevan: si lo cierto
del arcano, señora, no me dices,
yo no sosegaré.
Clitem. Pues si saberlo
solicítas, si quieres que yo misma
le pronuncie, sabrás como los Cielos::-
los Dioses::- ay de mí! no he de decirlo:
mi esposo::- qué martirio! quizá el ruego
le vencerá: mas no: puede entre tanto:
tu padre::-
Ifigen. No está salvo?
Clitem. Ojalá muerto
mil veces fuese, que castigo justo
tendria el alevoso de su exceso.
Ifigen. Alevoso mi padre? no es posible:
mi padre?
Clitem. Sí; alevoso: si; sangriento.
Ifigen. No, no: mintió Timante.
Clitem. Oye, Ifigenia:
la verdad ocultarte mas no puedo,
bastante te lo han dicho mis suspiros,
lo declaran no poco mis acentos
truncados: Oh! nada decir debia,
pero que te sorprenda me recelo:
escucha, hija; oye, y llenate de asombro:
solo de pronunciarlo me estremezco!
Tu padre quiere derramar tu sangre.

Ifigen.

Ifigen. Qué oigo, Dioses! el padre? qué despecho!
mi sangre? pues qué culpa he cometido?
Clitem. De Atréo los rigores insiguiendo
Agamenon::- él viene.
Ifigen. Ay de mí! madre,
dónde me ocultaré? me falta el suelo.
Clitem. Vén junto à mí.

SCENA II.

Agamenon, y las dichas.

Agam. Arbitrio no hay: qué pena!
ya del sagrado rito previnieron
todas las ceremonias los Ministros:
vamos, hija.
Clitem. Y Aquiles?
Agam. Hace tiempo
nos espera en el Campo: mas tú lloras,
Ifigenia? recelas algun riesgo?
la vista de mí apartas con zozobra?
encubres el semblante con el lienzo?
huyes del padre?
Ifigen. Pues qué haré infelice!
Clitem. Ya no sois padre, no, sois un perverso,
un malvado, un traidor.
Agam. Dioses, qué escucho!
tú deliras: con tanto desenfreno
una esposa profiere tales voces?
Clitem. Qué destino con lazo tan funesto
à tí me unió? fatal aciago dia
ha sido el de mi arribo!
Agam. Tus alientos
orgullosos modera, ò de mi enojo
probarás el rigor: qué estilo nuevo
contienen tus palabras?

Clitem.

Clitem. Este idioma
te corresponde solo: estás creyendo
seducirme, engañarme, aparentando
una falsa piedad? No, monstruo fiero;
no, cruel, inhumano: de Ifigenia
no me separarás, muerta primero
à tus pies me has de vér: toma la espada,
parteme el corazon, abreme el pecho,
baña en mi sangre tu homicida mano,
y dexa à tu furor bien satisfecho.

Ifigen. Ay de mí!

Agam. Injustos Dioses! Si pudieses
comprender, hija mia, los tormentos,
y mortales angustias que me oprimen::-
pero implacable el hado está pidiendo
se derrame tu sangre. Oh ley severa!

Clitem. En sus maldades quieren los perversos
justificarse siempre con el hado:
à una ambicion furiosa, à un amor ciego
de gloria vana tu hija sacrificas,
alma vil, y cruel; este el decreto,
esta es la ley severa de los hados;
pero de tan iniquos pensamientos
no cogerás el fruto; ójala seas
del furor de los Dioses escarmiento:
De tan malvado padre en la cabeza
descargue de sus rayos el incendio
Jupiter en venganza de mi agravio:
si por suerte Neptuno al Frigio Puerto
conduxere la Armada, hasta los muros
de Troya te persiga con empeño
la ira de los Dioses, excitando
del delito el atroz remordimiento
los crueles tormentos de las furias.
Si vér la esposa infame con anhelo

 qui-

quisiere Menelao, sea ultraje
de la parca Ermione; à su violento
rigor perezca la hija, luego el padre,
solo infame memoria al universo
quede de los Atreos::- Mas no; esposo,
perdoname, no inflames los despechos
de una madre, no irrites à mi odio:
por el primer amor, por el momento
felice que logré tus atenciones,
por este llanto amargo que vertiendo
à tus plantas estoy del infortunio
de Ifigenia, si, señor, compadeceos;
su desventura::- ah! callas, y suspiras?
Ifigen. Amado padre mio, si aun merezco
nombre tan dulce, que aora no le olvides
à tus pies Ifigenia está pidiendo:
en el pecho no caben los suspiros;
el llanto, que interrumpe los acentos,
formar no dexa::- y tú vés cómo gimo?
Agam. No: levantáos.
Ifigen. Qué crimen, ò qué yerro
contra tí he cometido? un veloz rayo
me destruya, y consuma mis alientos
si inocente no soy; la tierra se abra,
y me sepulte en sus profundos senos
si yo en culpa incurrí; siempre mis pasos
ha observado mi madre; de tu afecto
digna te parecí; si por desgracia
huviese delinquido, edad, y sexo
de indulgencia no son acreedores?
Ah! Señor, de aquel dia haced recuerdo,
en que antes que todos mis hermanos
te llamé padre, y tú alegre, y contento
antes que à los demás nombraste hija:
tén presente, que he sido el dulce peso

que

que primero tus brazos han tenido;
que osculos suaves, que cariños tiernos
recibí la primera; todavia
la misma soy, señor: por el intenso
amor que estas memorias reproducen::-
Pero tú no respondes, y severo
la vista de mí apartas suspirando?
mirame, padre, debate à lo menos
una amante ojeada: ah! qué violencia!
una infame impostura en tu concepto
me acusa: justos Dioses, que mirando
estais quán inocente, y quán sincéro
se halla mi corazon, favorecedme,
alentadme, que afanes tan inmensos
tolerar ya no puede mi constancia.

Agam. No soy barbaro, no, soy padre tierno:
bien las ansias, el llanto, y los sollozos
publican los atroces sentimientos,
que respirar apenas me permiten;
pero el hado, el Oraculo, los Cielos
à una temprana muerte te condenan
en tan preciso lance lastiméro;
no he encontrado camino de librarte!
Qué inutiles suspiros, qué lamentos
tan sin fruto mi amor tiene esparcidos!
La Armada, que reunida por el viento,
y el instante prefixo de la marcha
clama con inquietud, mientras abierto
logran tener el vado sus navios,
alterca con debates; siempre expuesto
me tiene à un alboroto, à una ruina:
qué executaré pues en tanto riesgo?
me opondré à veinte Reyes poderosos?
combatiré à mil naves? al congreso
mas brillante de Grecia he de ultrajarle?

insultaré con barbaro denuedo
à los que son terror de toda el Asia?
Si separarte del peligro intento,
las Ciudades de Argos, y Micenas
destruyo, y aniquilo, con el fuego
abrasados caerán sus edificios;
la sangre de los inclitos Atreos,
hasta la ultima gota derramada,
será blanco infeliz, infame objeto
del furor de la Armada: si à alejarte
de esta playa se atreven mis desvelos,
insiguiendo Diana la venganza,
de sus iras no havrá lugar exempto:
Discurre pues qué haré, querida hija,
tus afanes en vano evitar quiero;
al decreto del hado inexorable
es preciso ceder, ya vés no hay medio.
Ifigen. Con que medio no hallais? morir es fuerza?
Clitem. Menelao conviene en que vertiendo
una inocente sangre, le concedan
los Dioses à la esposa?
Agam. Nada de eso;
antes quiere disuelta la alianza
à Elena abandonar.
Clitem. Cómo? resuelto
olvida los agravios del Troyano,
depone el odio, y triunfa de los zelos
de su perjura esposa Menelao?
con que queda sin fuerza el juramento?
Qué nueva causa al Griego valeroso
podrá ya en esta playa detenerlo?
Agam. El engañoso Ulises con cautela
el Oraculo ha hecho manifiesto
que Calcas dixo, y llama cobardía
de Menelao el compasivo afecto:
de

de la comun venganza nuevas iras
suscitó en los Caudillos este zelo.

Clitem. Y tú de Ulises temes los engaños?
no eres supremo Gefe de los Griegos?
en el Consejo general declara
tu determinacion, ò del Imperio
renuncia el mando.

Agam. No tan poco cultos
nos juzgues, Clitemnestra, pues no creo
que asi los Griegos piensen: de la gloria,
y la virtud aquel amor, y anhelo
que les es natural, y la venganza
de su honor ultrajado, los objetos
son solo que les mueven à esta empresa:
el viento correrá, quieren los Cielos
castigar del Troyano la osadía;
asegura Diana el vencimiento:
no sé por qué razon te has figurado
que querrá con infamia al patrio suelo
retirarse la Armada.

Clitem. De la empresa,
porque tan detestable, tan horrendo
sacrificio se evite, se aparta
un Griego Rey.

Agam. Quién es?

Clitem. Está resuelto
à librar à Ifigenia de la muerte,
ò à padecerla él.

Agam. Qué oigo! Santo Cielo!
Es Aquiles?

Clitem. No sé por qué conducto
el Oraculo supo por extenso,
y juró, que en el ara, perturbando
el sacro rito, su arrogante esfuerzo
derramará tu sangre; considera

de

de tu vida el peligro: no hay remedio,
perderé esposo, è hija en solo un dia.

Agam. Aquiles! oh Dioses! el desenfreno
de su orgullo, y valor muy bien me consta;
sus vasallos podrán tumulto nuevo
suscitar en la Armada; voy al Campo,
contendré su arrogancia; mientras buelvo,
Ifigenia::- qué hago? no, sí, parto.

Ifigen. Padre, señor; oidme, deteneos:
ya no escucha.

SCENA III.

Clitemnestra, Ifigenia.

Clitem. Su crimen le confunde,
y se vá avergonzado por no vernos.

Ifigen. Vamos, madre.

Clitem. Dónde, Ifigenia?

Ifigen. Al Campo;
temo el furor de Aquiles; quánto aprecio
la vida de mi padre muy bien sabes.

Clitem. Asi de tí te olvidas, y los riesgos
de un padre tan malvado te amedrentan?
desecha ese temor, que à nuestros ruegos
se venza Agamenon espera Aquiles;
ni imagines que caben en el pecho
del hijo de una Diosa villanías:
no te acuerdes que es padre; que te ha puesto
en el mayor apuro tén presente.

Ifigen. De mi suerte infeliz ya no me acuerdo,
es preciso ceder à la fortuna.

Clitem. Y bien, qué es lo que dices?

Ifigen. Morir debo.

Clitem. Estás sin juicio? morir? qué escucho! hija,
asi arrastrar te dexas de un despecho?

Ifigen.

Ifigen. No es despecho, contemplo que à los hados,
de quien solo dependen los sucesos
de la fortuna próspera, ò contraria,
nadie resistir puede: oid atentos,
Numenes protectores; y tú, Diana,
que la felicidad del Pueblo Griego
fixaste en mi destino; estad unidos
en mi amparo, y defensa; con afectos
de gloria los mas vivos inflamadme;
el valor, la constancia, y ardimiento
en mi pecho infundid: ah! bien conozco
de vuestra proteccion ya los efectos;
en un ardor divino transportada
me ocupa el corazon vigor supremo,
que me engrandece el alma, y me sublíma;
por mis venas percibo que corriendo
vá un espiritu nuevo, la sentencia
de los hados se cumpla desde luego;
en el ara mi sangre se derrame;
moriré, sea pronto; nada temo.

Clitem. Ifigenia, qué ardor extraordinario,
qué no visto valor te está encendiendo?
cercada de temores muy poco hace
prorumpias suspiros, y lamentos;
en un fuego improviso embebecida
solo constancia respirar te veo:
qué es esto? tal mudanza me sorprende!
enardecido tienes el aspecto,
antes pálido, y triste; con semblante
apacible, con ojos muy serenos
nada te asusta, y à la muerte afrentas:
quién afectos concreta tan opuestos?

Ifigen. De Calcas el Oraculo ignoraba,
juzgaba que mi padre era el fomento
de mi muerte; mas quando los motivos

de

de mi infeliz destino he descubierto,
mientras se desvanecen los errores
que me ofuscaban, otros sentimientos
mas sublimes se engrendran en el alma;
no lo califiqueis por furor ciego.
En mi pecho la Diosa, de la Grecia
el honor, y blason; el nombre excelso
de los hijos de Atréo; Aquiles mismo,
y aun mi padre, de gloria el mas perfecto,
el mas ardiente amor han encendido;
este es quien corrobora edad, y sexo.
Conduzcase al suplicio el delinquente
cargado de cadenas, y con hierros;
la victima inocente por sí sola
camina ázia el altar, y un monumento
de valor en el ara perpetúa.
Quando cuente à los siglos venideros
Grecia la relacion de sus victorias,
y la ruina del Troyano Imperio,
hará mencion la historia en sus anales
del delito de Elena, al mismo tiempo
que aplaudirá con inmortal elogio
el nombre de Ifigenia, y sus esfuerzos.
Bien, yo moriré; porque entre otros nace
él para sí solo está viviendo?
Acabaré mis dias con el gusto
de que no havré vivido sin provecho.
Clitem. Sé que la vida à todos es amable;
y hablas tú un idioma tan molesto?
el nombre de la muerte me intimida,
solo de su memoria me estremezco:
por libertarte de ella, Menelao
abandona la esposa; con desvelo
tu padre, sino finge, los caminos
busca para evadirte de este riesgo;
por

por defenderte, Aquiles los vasallos
mas leales reune: pero lexos
de consternarte tú de sus horrores,
los desprecias, y estás aborreciendo
la vida? Ah! nò, reviva la esperanza,
que, aunque corta, nos queda.

Ifigen. No, no quiero
alucinarme, madre; al irritado
Numen debo ceder: los males nuestros
se minoran sufridos con constancia,
por mí no han de ponerse en un empeño
Aquiles, y mi padre, son dos vidas
de infinito valor, no tienen precio:
vivan llenos de mil felicidades,
Grecia triunfe por mí, y yo muriendo
he de ser el asombro del Troyano:
descienda sobre mí celestial fuego;
por la comun salud soy holocausto,
glorioso timbre, memorable exemplo.

SCENA IV.

Aquiles, y las dichas.

Aquil. Pues, señora, tu esposo se convino?
buscando à Menelao, muy inquieto
ví que entraba en su Tienda.

Clitem. No; llevarse
à Ifigenia queria, yo me he opuesto,
sin mi auxilio estuviera ya en el Campo.

Aquil. De la Diosa el Oraculo sangriento
divulga inutilmente; muy en vano
el que muera la Armada está pidiendo:
separarla sabré de sus furores,
abrirá mil caminos este acero
entre el mayor tumulto.

Ifigen. Son plausibles,

Aquiles, tus heroicos alientos;
merece mi peligro esa arrogancia;
pero tu vida mucho mas aprecio:
El Imperio de Grecia sus honores,
y lauros en tí cifra; el justo Cielo
te guarda para empresas muy sublímes,
y amenaza al que cuide del progreso
de mis aziagos dias: de los hados
cumpliré los influxos, por lo menos
no me estorves la gloria que consigo
muriendo con constancia; solo dueño
de mi vida es Diana: En este mundo
vivirás tú feliz; en los desiertos
muros de Troya las esposas viudas
llorarán de mi muerte los efectos.
Quando la edad futura tus victorias
mencionáre, confio hará recuerdo
igualmente de mí: los infortunios,
que abren el paso al enemigo Puerto,
empezarán la historia lamentable
de la esposa infeliz, seguirá luego
cantando las hazañas de un Aquiles;
no solo mientras viva, mas disuelto
del cuerpo el espiritu que le rige,
siempre yo::- de tu nombre::- de mi afecto::-
nuestro amor::- ay de mí! un debil llanto
desarma mi valor.

Aquil. Dónde me encuentro!
Ifigenia, qué dices? qué delirios
esa falsa piedad te está induciendo?

Clitem. Contén, hija, las lagrimas, y afanes.

Aquil. Morir tú? Esposa amada, yo te ruego
no te olvides del lazo cariñoso
que nos ha unido ya; que mi sosiego,
y mi amor solo penden de tu vida
tén presente: ah! escucha mis acentos.

Ifigen.

Ifigen. En tan fuerte contraste, si te oyera,
podria mi valor estar perplexo:
à Dios.
Clitem. Y dónde vás?
Aquil. Qué haces, esposa?
tù mi presencia huyes?
Ifigen. Ah! qué tormento!
No te basta, cruel, vér los delirios,
y angustias rigorosas que padezco
por amarte? aun intenta tu barbarie
con velo de piedad abrirme el pecho?
dilatar sus heridas solicitas
con tantos compasivos sentimientos?
permite de tu vista me separe:
para vencerme yo, con quánto esfuerzo
havré de combatir entre mí misma!
Pero si un enemigo tan opuesto
de mi blason te muestras, no es posible
resistir tal dolor, mal tan inmenso.
Mi valor poco firme, en este dia
esperaba le diese aliento nuevo
tu fuerte corazon, pero ya miro
que estuve equivocada: Santo Cielo,
qué barbara piedad, qué estraño modo
de atormentarme es este? tú, mas fiero
que mis contrarios mismos, dí, pretendes
hacerme rea del mayor exceso?
A mi padre rebelde, à las Deidades
sacrilega, y odiosa? dí, es tu intento
que avergonzada de tan feo crimen
sufra con ignominia, y vilipendio,
como justo castigo, aquella muerte
de que esperar librarme es devanéo?
No pongas esta mancha à mis virtudes,
no me prives del unico consuelo
que en tantas desventuras me ha quedado;

dexa que como victima, muriendo
inocente, y sencilla, entre los fastos
de Grecia se conserve puro, y terso
el cristal de mi honor, y quede intacta
la gloria, y el valor de los Atréos.
Aquil. Nunca se verifique tal designio:
es posible, Ifigenia, que el veneno
de un tan terrible à Dios me dés tú misma!
De mi afecto inmutable es este el premio?
Oh tirana muger! con tal constancia
me dices te abandone?
Ifigen. Qué violento
rebelion de pasiones me combate
no puedes comprender.
Aquil. Sí, bien comprendo
que se extinguió tu amor; sí, bien conozco
que el cariño te falta; tambien veo
que la fidelidad que me juraste
la quebrantas aora, y me averguenzo:
Tu discurso, y potencias las conturba
de un inhumano rito el falso zelo,
y un Oraculo vano, que con arte
divulgó el Sacerdote lisonjero.
De un temor religioso seducido
tiembla tu corazon, y gime preso
baxo el yugo tirano, atroz, y duro
de un imprudente paternal precepto:
Y en tal estado quieres te abandone?
y de su ardiente colera al despecho
à ser blanco infeliz quieres te dexe?
Inutil pretension, vano proyecto.
Ifigen. Si mi llanto, y suspiros no te mueven,
obliguete tu fama por lo menos:
al gran nombre de Aquiles en la Grecia
empañarle podrá borron tan feo?
Aquil. Qué en valde por apoyo à tus designios

produces de mi fama el nombre excelso!
Deberé ser jamás complice infame
del odio de tu padre, y del sangriento
engañoso rigor de tus contrarios?
El Griego tiemble: si enemigo fiero
contra tí se declara, por vengarte
mi brazo será furia del Infierno:
El laurél de que en Frigia coronarme
esperaba, está en Aulide naciendo:
qué mas blason que haverte defendido?
Derramada la sangre de los Griegos,
presentaré à tus plantas mil despojos:
podria conseguir mas digno premio
de mi sudor, si en Troya le empleáse?
De la perjura Elena el adulterio,
de Páris el aleve desacato
lavaré con tu sangre, permitiendo
de una inocente esposa la tragedia?
Quién de Aquiles tan solo hará recuerdo
sin llenarse de horror? Ah! no: la gloria,
la razon, y el amor nuevos incendios
en mi colera excitan, y disponen
que separada quedes desde luego
del pavellon, y Tienda de tu padre.

Ifigen. A quién acudiré? de ningun peso
son el amor, y gloria: madre, templa
un irritado amante: à qué despecho
le inducirá un capricho vengativo?
De vencer, ò morir en el empeño
está mi padre; en duda la victoria
entre él, y mi esposo; fin funesto
vencedor, y vencido me preparan.

Clitem. Espera, Aquiles, no desconfiemos
aun del todo; dispon que se congreguen
los Griegos Capitanes en consejo:
Agamenon se aparta de la empresa;

Me-

Menelao depone el vituperio;
quizá cambiarán los sacros Dioses
en compasion las iras: pero temo,
que inducidos de Ulises los Caudillos
solo marchar querrán.
Aquil. Pues qué, no tengo
en la junta yo voto? de Ifigenia
el destino à los otros manifiesto,
ignorado à su esposo solamente
quiere su padre esté? bien, lo veremos.
Desunase la Armada, si otro arbitrio
no se encuentra en tal lance; me sujeto
à vuestro gusto: mas sino concilio
los votos de los Gefes; sino venzo
del engañoso Ulises las cautelas,
à la Tienda al instante haré regreso,
me llevaré mi esposa, y no, no esperes
que me contenga ya ningun pretexto.

SCENA V.

Clitemnestra, Ifigenia.

Ifigen. Infeliz suerte mia! en todas partes
solo descubro susto, horror, y miedo.
Clitem. Vamos, hija, no temas; à mi cargo
quedan de tu fortuna los sucesos:
entre tanto descansa, y desvanece
de tu imaginacion los pensamientos,
que en tu confusa fantasía aumentan
nuevas ideas tristes: los desvelos
de que estás oprimida, les deshaga
el discurso, y razon, restableciendo
la ya perdída fuerza: y serenado
el tumulto de afanes de tu pecho,
tu corazon, potencias, y sentidos
permanezcan en calma con sosiego.

FIN DEL QUARTO ACTO.

ACTO QUINTO.

SCENA I.

Ifigenia.

QUé es esto, corazon? por qué desmayas?
qué improvisa mudanza te ha trocado?
qué tormenta de afectos me combate?
Con ánimo constante ha poco rato
esperaba la muerte sin horrores;
pero ya llena de ellos me acobardo,
hecha juguete vil de la fortuna:
ya conozco que el mal si está cercano
nuevo temor engendra, nuevo susto;
nunca en riesgo mayor mi gloria ha estado:
Pero esta gloria, oh Dioses! no es verdugo
que oprime el corazon con fuertes lazos?
deberé fomentar estos discursos?
idea tan perversa, ni aun de paso
ocupe mi memoria; de cobardes
es propio un idioma tan insano.
Quántos à Troya à recibir la muerte
de la gloria caminan inflamados?
Los Reyes de la Grecia, el mismo Aquiles,
y mi padre, sus Reynos no dexaron,
sus esposas, sus hijos por la gloria?
y de la voráz llama à los estragos,
y del templado acero à la violencia
la vida exponen con valor bizarro:
Pues yo he de ser indigna del renombre
del inmortal Atréo, y de sus lauros?
No: en el ara mi sangre se derrame,
no decaigan los timbres heredados

en

en mi padre por mí; de mis mexillas
al momento se enjugue el debil llanto;
separese del pecho esta flaqueza;
deshagañse del juicio los nublados:
Pero mi madre viene, no quisiera
viese mi turbacion; un breve espacio
para tranquilizarme en el semblante
tuviese por lo menos.

SCENA II.

Clitemnestra, *Ifigenia.*

Clitem. Por qué tanto
de mí te escondes, hija, y vás huyendo?
aora que en este sitio te he encontrado
tú de mí te separas?
Ifigen. Madre mia,
à un destierro perpetuo es necesario
acostumbrarme; pero tus ternezas
hacen mas duro el trance, y mas amargo.
Este breve momento que me queda
dexame suspirar sin embarazo;
permite que me esconda de tu vista,
de los demás me oculte, y que dexando
la humana sociedad, procure solo
mitigar de los Dioses el agravio:
victima al sacro rito destinada
libre vá por las selvas, y los campos.
Clitem. Con que no te hacen fuerza mis consejos,
ni la proxima muerte te dá espanto?
De un Oraculo incierto seducida,
no temes de Pluton al fiero mando:
Mas, hija, si tan poco tú te estimas,
muevante de una madre los quebrantos,
de una madre infeliz, à quien de muerte
pronuncias el terrible, y duro fallo:

Yo

Yo te he dado la vida que desprecias;
no olvides los dolores prolongados
que por tí padecí quando naciste;
tén presente, que niña entre mis brazos
fuiste de mi cariño las delicias,
y el centro de mi amor acrisolado:
Quién tus pasos primeros sostenia?
quién de la infancia al riesgo fue reparo?
quién con la misma sangre de sus venas
alimentó tu cuerpo? quién ha dado
el vigor à tus miembros quando enferma?
Quántas noches pasaba suspirando!
quántas ansias, y lagrimas me cuestas!
Y este fruto producen mis halagos?
asi me recompensas, hija ingrata?

Ifigen. Idolatrada madre, quán en vano
tus lagrimas duplican mis congojas,
si aun respirar me cuesta afanes tantos:
tu enojo, y los martirios que padeces
las entrañas me están despedazando;
no hagas que titubée mi constancia,
antes bien fortalece mis desmayos.

Clitem. No la ambicion de gloria, hija, te ciegue:
cómo posee un voto temerario,
que Diana tal vez de tí no exige,
tu corazon piadoso? El Cielo santo,
y mi constante amor, que yo procure
conservarte la vida han decretado,
y que hasta el fin extremo la expongas:
Aquiles los Caudillos entre tanto
quizá conciliará; y en todo lance
él dispuesto dexó, que nos salgamos
al instante del Campo: mas ya llega
Menelao à este puesto apresurado.

SCENA III.

Menelao, y las dichas.

Clitem. Pues qué ocurre? qué traes?
Menel. Ya del todo
la esperanza faltó.
Clitem. Cómo?
Menel. El conato
de Aquiles ha salido infructuoso,
por demás el consejo: con engaños,
como acostumbra Ulises, à los Gefes
reduxo à su dictamen; deseando
de marchar el momento están con ansia:
El Pueblo conmovido, alborotado
de Calcas con la voz, rodea el ara
por vengar de la Diosa los agravios:
todos ocultan iras vengativas,
una falsa piedad aparentando:
Que se vierta la sangre de Ifigenia
la Armada está pidiendo, y de tu lado
à robarla ya Ulises se dispone.
Clitem. Hija mia! Y mi esposo?
Menel. Del amargo
sentimiento oprimido, vive apenas;
procura contenerle, pero el llanto
que à los ojos se asoma, y los suspiros
su constancia superan: los contrarios
aumentan el tumulto, y por su aspecto
el interior enojo se vé claro:
sus mas fieles vasallos con desvelo
Agamenon requiere, mas mirarlos
no se atreve, temiendo que sus ojos
despidan de venganza fieros rayos:
en fin, cede al decreto de los Dioses,
de la Grecia al destino, y ha jurado

sacrificar la hija.
Clitem. Cielos! Y Aquiles
contigo no venia?
Menel. Vé bolando
à la Tienda, me dixo, mientras pongo
en orden mis Esquadras: de tu labio
sepa la Reyna la infeliz noticia;
yo iré al punto: ya llega.

SCENA IV.

Aquiles, y los dichos.

Aquil. Esposa, vamos:
junto à una senda à todos ignorada,
que conduce ázia el bosque desde el Campo,
se ocultan las Esquadras de Thesalia,
mi orden impacientes aguardando;
vén conmigo, abandona ya la Tienda,
y esta estancia que encierra azares tantos.
Ifigen. Qué profieres? tú me dices que yo huya?
vete, no te me acerques: me ha infamado
hasta aora no poco mi flaqueza;
dexame en libertad, ò por mi mano
armada de un acero à mi destino
sabré sacrificarme.
Aquil. Qué atentado!
Esposa::-
Clitem. Hija.
Ifigen. No mas: detente, Aquiles:
conduce aqui à mi padre, Menelao;
yo le espero.
Clitem. Qué haces?
Aquil. Oh injustos Dioses!
Menel. Tu valor, y constancia mucho estraño;
mas todavia hay medio de librarte:
vete por el camino preparado

con Aquiles, y yo::-

Aquil. Vén, Ifigenia.

Ifigen. No hay medio, ni le quiero: vete, ò marcho.

Aquil. Espera, escucha.

Ifigen. Pues me iré yo al ara.

Menel. No: obedezco: sosiega: cruel hado!

SCENA V.

Clitemnestra, Ifigenia, Aquiles.

Ifigen. Libré de tal contraste, al fin respiro:
Qué fuerza encierra la virtud! oh quánto
à la razon resisten los afectos
de nuestro humano sér débil, y flaco!
Ay madre! ay Aquiles!

Clitem. Asi me dexas?

Ifigen. Ay dulce madre, apenas pronunciarlo
los suspiros me dexan, este instante
el ultimo será quizá de hablarnos;
no disfrutaré mas tu amable vista,
ni me darán placer tus finos brazos,
ni::-

Clitem. No, marchemos.

Aquil. Vén conmigo, Ifigenia:
no te obliga mi ruego?

Ifigen. Has confiado
acaso seducirme? imaginaste
que en el breve momento en que batallo,
combatida de amor, y de la gloria,
doblar podrias mi ánimo bizarro?
De crimen tan horrendo, si creiste
que rea puedo ser, te has engañado.
Yo no soy insensible, ni me precio
de tener un orgullo temerario,
que aborrece la vida; yo no puedo
estorvar que à los ojos salga el llanto,

contener en el pecho los suspiros;
siento la actividad con que lidiando
están en mi interior naturaleza,
gloria, piedad, y amor, en sumo grado
experimento del hado los rigores;
mas la virtud constante, el zelo sacro
à todos los afectos les supéra:
Qué? podrá ser capricho, ò antusiasmo
de Diana la voz que esparció Calcas?

Aquil. Pues quién juzgas que son estos malvados
Ministros de los Dioses? almas viles,
à quienes ciega el oro; unos avaros,
que dicen la verdad, y la mentira;
solo el tiempo descubre los arcanos:
ni su faláz autor mas fé merece.

Ifigen. Aquiles, si à los Dioses sacrosantos
que veneras es cierto, humilde debes
respetar sus Ministros, y escucharlos:
la voluntad del Cielo me la indica
mi mismo corazon; extraordinario
valor, y fortaleza me posee.
Diana me ha infundido un vigor raro,
que aun à la misma muerte le dá embidia;
à mi pecho la Diosa le ha inflamado
con la pasion ardiente de la gloria;
no fundó Grecia su esperanza en vano;
à la conquista del Troyano Imperio
me quedará el blason que yo abrí el vado:
ya no podrá jactarse el debil Frigio,
que dentro de su muro está usurpando
la alhaja que robó, sin que experimente
el castigo de tanto desacato:
ya no insultará mas la ajada Esparta;
si al yugo de la Grecia no ha doblado
la cerviz hasta el dia, ya le impone
el destino temor, y le hace esclavo:

Perezca Troya; Esparta viva, y triunfe;
caigan sobre Asia, y Frigia los estragos.
Aquil. Pues bien, tirana, sigue el desvarío,
apresurada corre; al bien templado
duro acero desnudo ofrece el pecho;
busca la muerte, que un antojo vano
te la aparenta bella, y apacible;
entregate al furor de un padre ingrato,
abandona un esposo que te adora:
mas ya veo es ocioso quanto hablo,
è inutil mi fatiga: al Campo llego,
y si quiere el influxo de los astros,
que se vierta la sangre de los Griegos,
será el cruel Ministro el holocausto
primero de mis iras: luego al ara
derruida, ultrajada, hecha pedazos,
la inundará la purpura caliente
de los que contra tí se conjuraron:
Si entre el rumor confuso de las armas
tu padre pereciese atropellado,
tú sola serás causa de su muerte,
tú sola de valor me armas el brazo,
tú esgrimes el acero, tú me incitas
à vengarte de todos tus contrarios.
Ifigen. Tente; escucha, señor; templa el enojo:
por mi amor, si es verdad que me has amado,
muevete à compasion; à tus pies puesta
imploro este favor: si de los hados
apresurar deseas los rigores,
parteme el corazon, que como en salvo
mi padre quede, yo seré dichosa:
hiere, acaba, no dudes: Dioses altos,
esta victima sola vuestra saña
mitigue::-
Aquil. No, no estés asi: admirado
de virtud tan heroica me confundo,

y

y me causa rubor el arrebato
con que dexé correr todas las iras.
De la Diosa enemiga solo amago
el Oraculo sea; guarda ilesa
aquella gloria que realces claros
añade à tu belleza: me has vencido,
ya mi colera ardiente he mitigado:
por tu piedad respire un padre indigno;
la vida que te dió, y aora inhumano
quitartela desea, por tí goce:
no puedo resistir; à tu mandato
mas que al destino, cedo aunque violento:
ya llega Agamenon con Menelao.

SCENA VI.

Agamenon, Menelao, y los dichos.

Agam. Hija.
Aquil. Monstruo cruel!
Ifigen. Señor? mi padre.
Agam. Pues qué quieres?
Ifigen. De la Armada ha calmado
el alboroto ya?
Agam. Sí; mas no sabes
qué pretende? no puedo mas callarlo,
y hablar no debo.
Ifigen. Tienen prevenido
los Ministros el fuego? han preparado
agua lustral?
Agam. Sí; pero falta que::- la::-
Ifigen. La victima está pronta.
Clitem. Valor raro!
Aquil. Barbaro padre!
Menel. Oh Dioses, qué constancia!
Agam. Ifigenia: qué es esto? sueño acaso!
ella camina al ara; no, detente:

Cómo es posible oprima vuestra mano
virtud tan excelente, eternos Dioses!
Si por satisfaccion del vulnerado
culto basta que sangre se derrame,
por victima yo mismo me declaro;
todo vuestro furor en mí descargue,
abraseme del Cielo un fuerte rayo,
sepulteme la tierra en sus entrañas;
yo solo soy el reo, y el malvado,
solo yo morir debo, he delinquido,
esta inocente no, ni aun à intentarlo
su candor atreverse jamás pudo,
bien lo saben los Cielos, el Sol, y Astros.

Ifigen. No intentes, padre, perturbar el orden
que en sus disposiciones prefixaron
los soberanos Dioses, y aunque fuesen
dudosos de la suerte los acasos,
yo debo conservar siempre tus dias:
Admiran tu valor Micenas, Argos,
y todo el Pueblo Griego; de tu vida
penden sus esperanzas, y sus lauros:
parte pues à causar sustos, horrores
al feroz enemigo; el mar hinchado
de su sangre la tierra toda inunde:
el vestigio que quede del estrago
tema siempre del Cielo los castigos,
y venguese de Frigia el atentado.
Madre amada::- tú lloras? tú suspiras?
no obscurezcas, no enlutes los aplausos
brillantes de mi triunfo: à Dios, señora.

Clitem. Ah! Ifigenia, en un lance tan amargo
quieres que te abandone? no lo esperes.

Ifigen. No consternes mi esfuerzo: madre, quando
à Micenas bolvieres, con terneza
abraza à Oreste mi pequeño hermano,
y en la edad juvenil, que los afectos

de

de compasion en él vayan labrando,
refierele mi historia, mi sucesó,
y de mí haced recuerdo algunos ratos.

Clitem. Cómo es posible resistir con vida
un golpe tan atroz? del sobresalto
ya comienzo à morir desde este punto;
estas lagrimas tristes que derramo
las ultimas serán: ah! no me dexes,
detente::- qué congoja!

Agam. Separaros
es forzoso: retirate à esa estancia,
Clitemnestra; tú aumentas su quebranto.

Clitem. Y qué? cruel! tú mismo dividirme
intentas de la hija? no, no, tirano,
matame junto à ella.

Ifigen. No, madre mia,
à mi padre culpeis.

Clitem. Oh asombro raro
de virtud, y constancia! ay de mí triste!
ya tolerar no puedo afanes tantos:
la sangre no circúla, mi garganta
la oprime un fuerte nudo, vá faltando
la vista de mis ojos, yo fallezco:
Ifigenia::-

Ifigen. Qué miro! vuestro amparo
aora, sagrados Dioses, necesito,
fortaleced mi aliento.

Agam. Cielo santo,
es posible que tantas desventuras
no os muevan à piedad! tan temerario,
y tan ciego furor os enardece,
Dioses injustos, Numenes ingratos!
vosotros retirad à Clitemnestra,
asistidla, alentadla; yo no estraño
su sentimiento, es madre: detenernos
no es posible, Ifigenia.

SCENA VII.

Agamenon, *Ifigenia*, *Aquiles*, *Menelao.*

Ifigen. Padre, vamos,
vamos à completar esta gran obra:
verás la esposa en Troya, Menelao,
y vengarán los Dioses la perfidia
del Troyano Pastor.

Menel. Son precio caro
de una perjura esposa, tus virtudes,
y tu inocente sangre.

Ifigen. Tú, estimado
dulce esposo, de Thetis hijo digno,
continúa el decreto soberano
de los Dioses; el viento favorable
à las naves conduzca al deseado
Puerto de Troya; sobre sus muros Hector
te vea vencedor, acaudillando
las armadas Esquadras que el incendio
tienen de introducir, y los Palacios,
y Templos rociar con sangre humana:
en el sitio que estés irá à tu lado
mi sombra noche, y dia; en todas partes
irritará tu enojo: à Dios.

Aquil. Oh encanto
de todos mis sentidos! dulce esposa,
sí, en el mas escondido, y retirado
alvergue del Palacio, con denuedo,
intrepido entraré, sí, por mi mano
con enemiga purpura yo mismo
tu sombra vengaré: dueño adorado,
por qué no bolví à verte hasta este dia
tan fatal, tan funesto, y tan aziago!
ò para qué jamás te he conocido,
si era forzoso que el destino infausto

de

de tí me separáse! mas si aprecias
tu vida, y mi cariño, sin embargo
de la situacion que nos estrecha,
aun puedo::- si, piensalo; mis vasallos
están prontos::- mas no, qué he proferido?
con qué facilidad descubre el labio
la pasion interior que nos domína!
pero no, no interrumpa poco cauto
mi afecto tus proezas: vence, triunfa
de Troya, de tí misma, y de los hados.

Ifigen. Amado padre mio, tú que fuiste
mi firme apoyo, y mi::- oh recuerdo amargo!
tú::- respirar no puedo! los sollozos::-
mas qué es esto? yo lloro? avergonzado
mi valor está: señor, à Dios.

Agam. Llega,
arrimate à mi pecho, tu bizarro
espiritu en él infunde: ah! siquiera
pudieramos morir juntos entrambos!
molesta me será sin tí la vida.
Oh hija! oh Dioses!

Ifigen. Espera; à tu cuidado,
Menelao, el alivio, y los consuelos
de mi madre se quedan: id marchando
ázia el Campo vosotros, prevenidme
la investidura blanca, y en aplauso
de Diana, los himnos junto al ara
toda la Armada entone. A Dios, Palacio,
nativo alvergue mio de Micenas:
oh resplandor brillante, puro, y claro
de los Cielos, à Dios: en noche eterna
luego mis ojos quedarán cerrados:
Numenes tutelares de la Grecia,
casta Diana, protectora de Argos,
de los Atreos inmortal subsista
la gloria que en vosotros afianzo:

Sepultada en cenizas Troya espire;
victoriosa con giro apresurado
buelva la Armada à los paternos muros;
y todos los furores, los agravios
del Cielo en esta victima inocente
se consuman, y queden terminados.

SCENA VIII.

Menelao.

Qué admirable constancia! cómo cabe
valor tan excesivo en pocos años,
y en un sexo tan debil? Oh infelice
victima desgraciada! Qué obstinados
estais, injustos Dioses: la inocencia
de esta suerte oprimís? merece acaso
la virtud este premio? templa, Diosa,
tus enojos, no sea el holocausto
una sangre tan pura, y tan sencilla.
Pero sobrecogida de un desmayo
Clitemnestra quedó; quántas congojas
estarán su alma triste atormentando!
à socorrerla voy: mas ella viene.

SCENA IX.

Clitemnestra, Menelao.

Clitem. Ifigenia dónde está, dí? no la hallo:
ay de mí! no respondes? al Campo ha ido:
Ah! sí, bien lo comprendo, bien lo alcanzo;
tus ojos, tu silencio lo demuestran.
Menel. Contén, señora, el doloroso llanto,
esfuerza tu valor.
Clitem. Guiame al ara,
no efectúe su padre un atentado
tan atroz, tan enorme, ò que perecen

de un golpe hija, y esposa, él inhumano
lo presencie, lo sienta, y lo tolere.
Menel. Aguarda, Clitemnestra; de Soldados
cercada está la Tienda, y no es posible
aora el abrir camino para el Campo.
Clitem. Y quieres que à su furia la abandone?
con que mas no he de verla: Tú has causado,
barbaro monstruo, todas mis desgracias,
por tí muere la prenda que mas amo,
mi Ifigenia; y respira todavia
tu esposa infiel! pretendes con tan alto,
tan precioso tesoro cangearla?
pues no has de conseguirlo, no, tirano:
Permita el Cielo que de tí apartada
goce Elena de Páris tierno halago;
que no acierten el rumbo los Pilotos,
ò mueras entre escollos ignorados
del enemigo Puerto; que en los mares
nuevos senos se abran, que tragando
à las naves, la Armada la aniquilen;
y el viento favorable que alejaros
tiene de aquesta playa, à ella debuelva
solo fragmentos, de infeliz estrago
anuncios, y testigos: Sol hermoso,
que en otro tiempo con tus bellos rayos
desterraste las sombras en obsequio
del combite de Atréo, abandonado
dexa à su hijo, tus luces no presencien
tan cruel sacrificio, tan infausto.
Pero entre tanto, Cielos, ya se vierte
la sangre de Ifigenia, ya en su blanco,
y tierno pecho Calcas con fiereza
esconde el duro acero: no, inhumano,
detén el golpe, aguarda: mas qué es esto?
en los aires un trueno se ha escuchado;
tiembla la tierra, y de los pies me falta:
un

un sobrenatural elado pasmo
me sorprende, y agita.
Menel. Eternos Dioses,
qué cosa podrá ser? estos espacios
denotan que algun Numen los ocupa.
Clitem. Oh, si quisiera el Cielo soberano
libertar à Ifigenia! Justa Diosa,
su virtud, y este llanto que derramo,
à compasion te muevan.
Menel. Nuestros votos,
y súplicas tal vez havrá escuchado
ya Diana, y desciende à socorrernos.
Clitem. No percibes de vitores, y aplausos
un alegre mormullo?
Menel. Del destino
los severos decretos se trocaron;
no lo dudes, señora.
Clitem. De esperanzas
mi corazon se llena; sin retardo
al Campo caminemos.
Menel. Ya Timante
aqui llega, parece viene à hablaros.

SCENA X.

Timante, y los dichos.

Clitem. Murió Ifigenia?
Tim. No: vive, y está libre.
Clitem. Ella vive? qué gozo! Dí está en salvo?
qué placer! Cómo ha sido? dilo presto.
Tim. Combatido de pena, y sobresalto,
de júbilo, y contento sorprendido,
no halla la voz camino para el labio:
Llegó al Campo Ifigenia, conducida
por el Rey, que de un velo con recato
cubre el rostro, y el llanto disimula:

fi-

fixa Aquiles de colera temblando
la vista en Ifigenia; todo el Pueblo,
y la Armada la cercan; son retrato
del corazon piadoso los semblantes:
con magnanimidad mueve los pasos,
y llegando ya al ara se apresura;
mas la detiene Calcas, è inflamado
del Numen que le inspira las palabras:
„Oid, ò Griegos (dixo) los mandatos
„de los Cielos. Diana enternecida
„templó su enojo, ya por holocausto
„no os exige la sangre de Ifigenia;
„su virtud las piedades ha excitado
„de la Deidad contraria: de este Puerto
„saldrán las naves, antes que al Ocaso
„el Sol llegue:" cesó la voz de Calcas.
Todos quedan confusos, y admirados;
los mas dudan perplexos; con los ojos
se inquieren si es verdad lo que escucharon;
entre tanto desciende sobre el ara
el fuego celestial; abren los rayos
las esferas sin nubes por la izquierda,
el sonido del trueno al otro lado
distante se percibe; sopla el viento,
las velas se desatan; ancorados
los navios se mueven lentamente;
al contraste del aire estrella el blanco,
y espumoso licor la ola agitada
del mar en las arenas; eco tardo
de vitores alegres corresponde
al susurro del viento; todos aptos
están para la marcha, y un confuso
laberinto, ò babél parece el Campo.
Agamenon me dixo: vé corriendo,
participa à la Reyna el no esperado
regocijo, noticia tan alegre,

y acompañala aqui: señora, vamos,
y verás à tu hija, que aun los alientos
restablece del padre entre los brazos.
Agamenon, y Aquiles solo esperan
en suerte tan feliz congratularos;
y en los mismos Altares de Diana
el pomposo Himenéo preparado
atará en los amantes corazones
de Aquiles, è Ifigenia dulce lazo.

Clitem. Vamos pues: qué suceso peregrino!
A la Diosa las gracias repitamos
por su benignidad; en los Altares,
en prueba de un afecto siempre grato,
victimas à millares se consagren;
pequeña recompensa à don tan alto.

Menel. Y admire el Pueblo Griego como premian
los Cielos la virtud, y al encumbrado
blason que nos eleva, pues esfuerza
el ánimo mas debil, y mas flaco.

FIN DE LA TRAGEDIA.

Imprimase,
Figueròa.